
UNIVERSITY OF TORONTO
3 1761 00877839 1

MAURA

Y EL

PARTIDO CONSERVADOR

POR

DON BENITO MARIANO ANDRADE Y URIBE

DIPUTADO A CORTES

SEGUNDA EDICIÓN

MADRID
IMPRENTA DE RAMONA VELASCO, VIUDA DE P. PÉREZ
Calle de la Libertad, núm. 31.
1919

PARA LA SEGUNDA EDICIÓN

Este folleto se publicó hace diez años y, aunque me esté mal el decirlo, fué bien recibido entonces por el público y por la Prensa.

Los católicos alemanes, que a la sazón se preocupaban en gran manera de las cosas de España, solicitaron mi permiso para traducirlo al alemán, y *Gustav Stezenbach* hizo de él una profusa edición en 1911, en *Konstanz*, con el título de *Maura und die Konservative Partei in Spanien.* Los comentarios de *Gustav Stezenbach* fueron, sin duda, tan atinados y pertinentes que, según mis noticias, este modesto folleto mío alcanzó en aquella época gran popularidad en ciertas zonas de la opinión alemana. Y aunque este folleto era de lucha y de batalla cuando se publicó, como sucede muchas veces en política, que lo que tuvo actualidad en un tiempo, puede volverla a tener, aun pasados muchos años, leyéndole hoy me encuentro con

que todo lo que ocurrió antaño en España está ocurriendo ahora. En 1909, para derribar a Maura, las izquierdas acudieron a todos los medios. Se unieron los liberales que andaban desperdigados, se formó un bloque rabioso de izquierdas, aprovechó el *trust* periodístico sus más grandes titulares contra Maura y Cierva, se creó el símbolo de Ferrer... Y cayó Maura.

*

Han pasado diez años, se han unido los liberales, se ha formado el bloque de las izquierdas, el *trust* periodístico fulmina anatemas en grandes caracteres contra Maura y Cierva, y hasta se trataba de resucitar a Ferrer en la figura de Villalonga... Y ha caído Maura.

Únicamente existe una notoria diferencia entre lo ocurrido en 1909 y lo sucedido en 1919; y es que entonces las izquierdas, la masonería, el *trust* de los periódicos, Ferrer, etc., etc., derribaron a Maura. Hoy, contribuyendo eficazmente a esa labor izquierdista, conscientemente, sin parar mientes en la enorme responsabilidad que contrae, ha derribado a Maura el partido liberal conservador.

Se trata, por *todos los políticos de oficio*—contra la opinión pública—, de apartar definitivamente del Gobierno de España—con pretexto de que es

reaccionario—al hombre más liberal y progresivo de los políticos monárquicos españoles.

¿Hasta cuándo va a prevalecer la farsa? ¿Cuándo la inmensa mayoría de los españoles que quieren un Gobierno serio y fuerte se decidirán a deshacer el tinglado?

*

La actualidad, por consiguiente, de este folleto es notoria. Estamos en la política española hoy como en 1909. Por eso lo publico sin quitar punto ni coma ni del título ni del texto, y tal y como entonces vió la luz pública.

AL QUE LEYERE

Soy maurista hasta la medula de mis huesos.

Y me apresuro a hacer esta declaración por si alguien al leer el título de este libro pensara encontrarse con un trabajo de los llamados de crítica política.

No; este trabajo no es de crítica, sino de acción, de batalla, de defensa, y si bien he procurado escribirle con la mayor imparcialidad, no me chocaría gran cosa que se le tildara de apasionado, sobre todo si quien le juzgaba vivía en ese ambiente de *antimaurismo* que se respira hoy en ciertos Círculos y ciertos periódicos.

Espero, sin embargo, que muchas personas verán en él el reflejo de la verdad, que aunque algunos la miren con cristales, es lo que es en sí independientemente del punto de mira en que se coloque el crítico o el adversario.

Y dicho esto, me conviene hacer constar que todo lo que aquí digo yo de Maura y del partido conservador es de mi exclusiva cosecha, y, por consiguiente, de mi exclusiva responsabilidad, sin que en la composición de este libro hayan intervenido otras manos que las mías pecadoras y sin que ningún censor—no los gastamos en el partido liberal conservador—haya puesto ni quitado punto ni coma.

Por ello, si algo digo que pudiera ser inexacto cúlpeseme de la inexactitud, lo mismo si fuese por carta de más que por carta de menos, pero adviértase que yo, que tengo a gala el pensar y sentir en conservador, es muy difícil que yerre en cosas de mayor cuantía.

El Autor.

CAPITULO PRIMERO

El discurso de Maura en el Senado: Nuevas orientaciones de la política española.

El discurso pronunciado por Maura en el Senado la tarde del 25 de octubre último ha marcado nuevos rumbos en la política española. Quizás es el acto más trascendental que se ha realizado en este orden de cosas de muchos años a esta parte.

Todas las gentes pensaban, y así era en verdad, que entre los dos partidos llamados de turno existían verdaderas relaciones de concordia, inspiradas por dos grandes intereses comunes que guardar: la Constitución y la Monarquía.

Para los *espíritus fuertes*, para los que se pasan la vida hablando mal de los políticos, esto no era sino un juego de compadres que iniciaron Cánovas y Sagasta a fin de caminar más a gusto en el *machito*. Pero dejemos a esos maliciosos, que en la crítica política abundan como zánganos en colme-

na, y demos por sentado que dos partidos que tienen concomitancias tan notorias entre sí es natural que marchen de acuerdo en lo esencial.

Esto, pese a los murmuradores de oficio, es lo conveniente a los intereses de la Patria, del Trono y del orden social vigente, aunque no sea del agrado de los republicanos, ni de los carlistas, ni de las demás agrupaciones políticas, mal avenidas con el estado de derecho actual...

Pero llevaba el partido conservador treinta y tres meses en el Poder; el llamado *bloque* de las izquierdas, el *trust* periodístico formado en amalgama inconcebible por tres grandes rotativos, los republicanos, socialistas, ácratas, etc., etc., estaban *tan hartos* de Maura, que un político monárquico, arrastrado por verdadera avalancha revolucionaria, sugestionado por el clamoreo de los cómplices de Ferrer y espoleado por impacientes amigos que al oído le incitaban para que pidiera las riendas del Gobierno, llegó en un momento de ceguera —olvidándose de su misión augusta en aquellas circunstancias—no ya a pedir el Poder, sino a amenazar en caso de que no se le diera con la negativa de su concurso y del partido liberal para facilitar aquellos esenciales resortes de gobierno, que el partido conservador necesitaba para seguir

rigiendo los destinos de España. Y esto en uno de los momentos más difíciles por que ha atravesado la nación española en estos últimos tiempos; esto, cuando España peleaba en guerra cruenta con los enemigos de la Patria.

Y cayó Maura, como debía caer en una crisis netamente parlamentaria, a la plena luz del día, diciendo muy alto y muy claro, que aunque estimaba no haber llegado la hora de abandonar el Poder, no le era posible seguir gobernando sin los medios parlamentarios y políticos más elementales, ya que siempre hizo verdadero culto de gobernar en el Parlamento. Y cayó Maura el día en que subía Moret al Poder, atado de pies y manos, no como jefe del partido liberal dinástico, sino a modo de testaferro de una agrupación heterogénea, de una incalificable conjunción, que como ha dicho recientemente un diputado catalán (1) tenía por derecha al partido liberal, por izquierda al anarquismo y por centro al partido republicano.

Ante este hecho inaudito, no podía callar un estadista del patriotismo y monarquismo de Maura. Si la Corona contaba con dos partidos de go-

---

(1) Cambó, Conferencia en la Lliga regionalista de Barcelona, 4 de noviembre de 1909.

bierno, incondicionales del Rey, absolutamente identificados con los intereses del Trono; si el régimen constitucional se desenvolvía en esta marcha constante de equilibrio político, necesario para la paz y el bienestar general, y por un momento de ofuscación, sin duda, alguien muy obligado a mantener su curso, se desviaba del camino que sus deberes le demandaban recorrer, no es extraño que la voz elocuente de aquel hombre resonara vibrante para protestar con acentos de la mayor energía, contra quien empujado inconscientemente al abismo, ponía en serio peligro lo que él y Maura estaban más obligados que nadie a defender.

De ahí el discurso del Senado con todas sus consecuencias: de ahí aquello de «la absoluta, de la implacable hostilidad» contra quienes llamándose partido liberal, sólo significan aquella conjunción demoledora que más bien debe calificarse de contubernio: de ahí la ruptura de las relaciones de cordialidad entre ambos partidos: de ahí la nueva fase en que entra la política española y en la cual la figura de Maura empieza, no ya a crecer, porque muy sobrada andaba de altura, sino a revelarse como verdaderamente gigantesca y colosal.

Hasta ese día Maura había sido en la historia

de España el estadista de gran talento que con su rectitud acrisolada y su prestigio intachable dirigía con sumo acierto uno de los partidos más vigorosos de la Nación; desde ese día la conciencia honrada de millares de españoles, políticos y no políticos, le proclamaron como el único salvador de la Patria.

Bendito ese día, en que despertaron para siempre de su marasmo muchos hombres de esos que creen no tienen obligación de opinar en las cosas de la vida pública; bendito ese día en que contra Maura se revolvieron furiosos el *bloque*, el *trust*, los republicanos, socialistas y anarquistas, ¡gran día aquel para la Patria, en que *El Liberal aseguraba desde sus columnas la verdadera demencia de Maura!*, porque aquel día entraba España en una nueva era de vida; porque aquel día llegaba España a la plenitud de su consciencia política; porque aquel día todos los españoles se aprestaron a la lucha por sus ideales; porque aquel día hombres y mujeres se decidieron a *opinar*. Bendito el día en que en toda España sólo se hablaba de Maura o para proclamarle con verdadero delirio como el genio de la política española o para combatirle con furia, pidiendo su inhabilitación perpetua para la vida pública.

Nosotros, que, como Maura, «no nos asustamos de que se despliegue al viento cualquier bandera, cualquier programa, por radicales que sean sus lemas, aunque nos parezcan ruinosos, nocivos y temerarios, porque con igual derecho otros españoles en su conciencia y en su patriotismo los pueden creer salvadores» (1), nosotros glorificamos ese día en que resurgieron potentes las dos ideas madres que inspiraran la política española del porvenir: la defensa de la Constitución o la de la revolución, la del orden social vigente o la de la anarquía, lo que significa Maura o lo que simbolizó Ferrer. Y así, divididos los españoles en dos grandes grupos, sabremos los conservadores del orden social dónde tenemos a los enemigos y contra quiénes tenemos que luchar con nuestros votos, con nuestra propaganda, con nuestra acción, con nuestra vida si preciso fuera. Llegó la hora de demostrar nuestra más ruda oposición a lo que representan Ferrer y sus secuaces.

•

Y en esta lucha de ideales; en este choque de corrientes encontradas de opinión; en este resurgir con homérica grandeza del pensamiento polí-

(1) Discurso en el Senado.

tico, véase qué empequeñecida resulta la figura —por otros conceptos respetable—del jefe del partido liberal. El ha sido el iniciador—siquiera inconsciente—de esta que pudiéramos llamar batalla de las ideas; él ha sido el que ha provocado lo que para unos es un verdadero conflicto constitucional y para otros la nueva savia que rejuvenece el árbol ya carcomido de la política española; él el instrumento de que se han servidototodos esos elementos divorciados con el régimen imperante, para el logro de sus fines; él, flor de un día, sube casi aclamado al Poder por los revoltosos. Y, sin embargo, ¿qué representa hoy Moret? Nada, en el terreno de los ideales. Como medio de que se han servido para conseguir sus propósitos los hombres *rabiosamente hartos de Maura*, fué un día indispensable; caído Maura, Moret resulta insignificante en este combate sin cuartel de los principios fundamentales a discutir.

A Moret le motejan ya los mismos que con sus hombros sostuvieron el pedestal sobre que se levantara, aunque no le combatan con la saña y fiereza que emplean contra Maura, porque Moret para la revolución, cuando no es implícitamente su aliado, es, en definitiva, un estorbo de poca monta.

Contra quien maquinan la masonería, el socialismo, el *trust*, el *bloque... todas las izquierdas*, es contra Maura, jefe supremo e indiscutible de *las derechas*, azote de la anarquía, fustigador implacable de los enemigos de la Patria, de la religión, del Trono, de la propiedad, de la familia... verbo del partido conservador que, nutrido hoy con innumerables adhesiones de personas de todas las clases sociales, es el único que en esta época de la historia puede no sólo poner freno a insaciables apetitos y a intolerables concupiscencias, sino conducir a España por el camino de la felicidad y del progreso.

En efecto, en el partido conservador hay doctrinas, hay ideas, hay programa, hay entusiasmo por el jefe, cosa que no sucede en el partido liberal ni en otros partidos que se forjan la ilusión de ser los monopolizadores de los ideales nobles y levantados. Y si nosotros somos conservadores por las ideas y por las doctrinas y por el programa, lo somos también por seguir a Maura, a quien profesamos verdadera veneración, por estimarle como político que descuella en España cien codos sobre todos los de su época. Ocúrrenos a muchos conservadores hoy lo que antaño ocurría a los carlistas que pelearon en la guerra civil al lado de don

Carlos y es, que personalmente estamos entregados en cuerpo y alma—esta es la frase—a nuestro caudillo.

Miremos, por el contrario, lo que sucede en el partido liberal. ¿Quién puede pensar que Romanones, por ejemplo, sigue a Moret con entusiasmo? ¿Quién puede suponer por un momento que Montero Ríos tiene fe en las soluciones del jefe? ¿Quién se atreve a sostener que Canalejas—más radical que Moret—hipoteca sus aspiraciones de astro de luz propia, sólo por rendir culto sincero a otro hombre a quien considera inferior? Y si Romanones, Montero, Canalejas y otros personajes del partido liberal, que se podrían citar, no sienten esa incondicional devoción por su caudillo, dicho está que tampoco la siente el partido liberal, acostumbrado a oir hablar mal todos los días, de Montero a Canalejas, y mal de Canalejas a Montero y mal de Moret a los dos, y peor de los tres a Romanones.

Los integristas ponían antes *por las nubes* a Nocedal (hoy no tienen caudillo), los carlistas adoraban a D. Carlos (de su amor a D. Jaime todavía es pronto para hablar), los republicanos... ¡ah los republicanos! *no sienten el menor entusiasmo por la República;* les sucede lo que a los liberales, están

acéfalos, no tienen jefe y las ideas necesitan encarnarse en un mantenedor indiscutible.

Los amigos de Lerroux le secundan con verdadero frenesí, es indudable, pero los republicanos en general, divididos en innumerables grupos y grupitos parece que tienen por misión laborar por la Monarquía. Ni a Sol y Ortega, ni a Melquiades Alvarez, ni a Galdós, ni a otros hombres de relieve le siguen sus amigos como a Lerroux. De ahí nuestra creencia firme de que o el partido republicano no tiene redención posible (de lo cual nos alegraremos mucho) o de que si se consolida decididamente ha de ser bajo la jefatura de Lerroux.

Al tan celebrado Melquiades Alvarez, por ejemplo, no pueden seguirle arriba de media docena de amigos; no le negamos elocuencia y talento, pero carece de ese sello característico del apóstol; no es el hombre arrebatador que como Maura (o el mismo Lerroux) arrastra tras sí a las gentes, intelectuales o analfabetas, adonde quiera llevarlas, porque las gentes en política, como en ningún otro orden de relaciones, sienten la sugestión del poder y de la fuerza avasalladora de lo extraordinario.

Todo esto prueba que sin ideas claramente for-

muladas, no es posible el mantenimiento de ninguna jefatura, así como es imposible sin gran relieve y autoridad sobre los correligionarios, dirigir incondicionalmente una agrupación política. Y no se extrañe el lector que afirmemos aquí que los dos únicos políticos españoles que reunen estas condiciones son Maura y Lerroux, los cuales, por otra parte, personifican perfectamente el sentido conservador y el radical de la política española.

En el terreno de los ideales se explica esto perfectamente; en la política actual sólo hay dos ideas fundamentales; una la que aspira a sostener las tradiciones reformadas con el tiempo y con el progreso; la que a todo trance trata de mantener en vigor *las esencias constitucionales*, que dijo Maura; la que se aquieta satisfecha con el estado de cosas vigente, la que piensa que todo avance poco meditado es perturbador... y otra la que trata de romper los moldes viejos, la que pregona el cambio de forma de gobierno, la que trata de transformar radicalmente la sociedad actual, la que suspira, en ansias locas, por la revolución.

Al lado de lo que Maura significa están: su numeroso y compacto partido (incluyendo a Sánchez Toca, mucho más reaccionario que Maura), gran parte de eso que se ha dado en llamar masa neu-

tra; todos los católicos que no son carlistas o integristas--y aun algunos de éstos, los menos fanáticos—: los prelados, el alto clero, la aristocracia, la magistratura, el ejército (en su mayoría)..., muchísimos liberales de los que figuran al lado de Moret y Montero Ríos (con todos los suyos) que nunca ha querido concomitancias con los enemigos del Trono y del orden social y que en su fuero interno no perdona a Moret sus complacencias con el *bloque* y sus coqueteos con Lerroux y los radicales...

Con Lerroux o con la revolución están: los integristas y carlistas *rabiosos*, que, sin duda, por aquello de que los extremos se tocan, aspiran a que se hunda todo lo existente, para resurgir ellos cual Ave-fénix de entre las cenizas de la nación española, instaurando el Reinado social de Jesucristo presidido por D. Jaime: Canalejas que, aunque en el campo monárquico, siente grandes amores por los más acentuados radicalismos; todos los republicanos, socialistas, ácratas, etc., etc., el *trust* periodístico y no hay que negarlo, considerable número de los llamado intelectuales (escritores, catedráticos, ingenieros, médicos) que sin estar afiliados a ningún partido, respiran auras de revolución.

Y a Moret ¿en qué grupo se le coloca? De Moret diremos lo que hemos dicho de Melquiades Alvarez, no tiene ambiente, no sirve para jefe y tiene que ser soldado de fila o a lo más segundo teniente en esta batalla de las ideas. Recuérdese la *crisis del papelito*, recuérdense los mítines del *bloque* de las izquierdas, donde a remolque de una iniciativa ajena se entregó en alma y vida a hombres con quienes no le unen vínculos afectivos de ningún género; recuérdese lo dicho de la última crisis.

Un hombre que no tiene voluntad propia; un hombre que no siente su superioridad sobre los que le rodean—como la siente Maura—; un hombre que para tomar una resolución cualquiera tiene que consultarla con otro primate, está incapacitado para dirigir desde el Poder una política tan difícil en estos tiempos como es la política liberal dentro de la Monarquía.

Por lo demás, Moret es tan sinceramente monárquico como Maura o como Montero, y si se ha dejado arrastrar por Canalejas, por el *bloque* o por el *trust* ha sido, dada su debilidad de carácter, o porque ha pensado que el pacto con las izquierdas le daba el Poder inmediatamente (como ha sucedido) o por su afán de sumar adeptos a la Monar-

quía del campo republicano. Pero sean cualquiera de estas dos cosas las que le hayan estimulado a obrar así, se ha equivocado, puesto que ni Alvarez, ni Romero, ni ningún otro republicano se han hecho monárquicos, ni el poder con ese bagaje de compromisos imposibles de cumplir le convenía cuando le ha alcanzado.

Moret no tenía otro camino en la oposición que prescindir de componendas con los enemigos del Trono, dejarse de *bloques* y de discursos radicales cuyas doctrinas no siente, y si siente no ha de llevar a las leyes, estrecharse con Montero y esperar tranquilamente, sin impaciencias, la hora del Poder, que le hubiera llegado a su debida sazón. Esto con Canalejas o sin Canalejas, que para el caso es lo mismo.

Si Moret, antes de dejarse seducir por los radicalismos del *bloque* y del *trust* hubiera escuchado los latidos de su corazón monárquico, no estaría todavía en el Poder, pero lo estaría muy pronto con la hostilidad de los republicanos, socialistas y anarquistas, desde luego, pero con el asentimiento de Maura, del Ejército y de la parte sana del país que llámese conservadora o liberal no se sugestiona con los fuegos fatuos de una romántica libertad, sino con la realidad tangible de un sólido

bienestar a cuyo amparo florezcan la vida económica y la agrícola y la industrial y la comercial de la patria española.

Consecuencia de lo expuesto es que Moret no sólo no puede ser el jefe de las *izquierdas* españolas, sino que es en ideas un *maurista* más, pues al pensar en monárquico no puede menos en su fuero interno que arrepentirse de lo hecho y celebrar para sus adentros la actitud resuelta y gallarda del jefe de los conservadores, que hoy por hoy es el que tremola la bandera que ambos (Moret y Maura) debieron defender siempre con sus talentos, con su elocuencia y hasta con su vida.

Moret, en definitiva, no puede seguir otro camino que el de desagraviar a Maura, desenojar a los *valiosos elementos* que están con Maura, prescindir de los radicales—sean hombres o periódicos—y libre de aventuras peligrosas, coadyuvar desde el campo liberal, en la medida de sus fuerzas (que no son muchas) con los conservadores, a la obra del progreso nacional, al amparo de las leyes y del estado constitucional en que vivimos.

Mientras así no suceda, cuente con la absoluta, con la implacable hostilidad de todos los que pensamos que mostrándola defendemos los intereses

de la Patria, de la religión, del Trono y del Ejército.

*

Ojalá que para cuando este libro se acabe de imprimir se hallen restablecidas «las relaciones saludables, las relaciones honradas, las relaciones fecundas entre los partidos de gobierno» que Maura (pues son sus palabras) tendrá cuidado de restablecer cuando llegue la hora de hacerlo.

CAPÍTULO II

El llamamiento de Maura.

Una de las cosas más necesarias a los partidos políticos para su prosperidad y crecimiento es el contacto con la opinión pública.

Ciertamente que en España se toma a veces por opinión pública, lo que no lo es ni puede serlo, pues se reputa por tal, la voz de cuatro que gritan sin tener en cuenta a cuatro millones que callan. Pero no entrando en nuestro propósito averiguar, inquirir o definir lo que sea opinión pública en el terreno filosófico, demos por sentado, que consiste en el asentimiento de muchos ciudadanos hacia una idea o programa político que sustenta un hombre cualquiera, pudiendo existir otra multitud de ciudadanos que piensen y sientan todo lo contrario y que forman a su vez otro estado de conciencia, otra fase de opinión pública.

De aquí se deduce que el concepto de opinión

pública no es un concepto absoluto, sino relativo; no supone la voluntad de los más con desprecio de los menos, sino la supervivencia en el ambiente social, de aquellos principios que se aceptan por considerable número de ciudadanos. La cosa es muy clara: nadie en España, ni en ningún país, puede decir que es dueño de la opinión pública, y nadie puede gobernar en este régimen en que vivimos, ni en otro alguno, si aspira a contar con la aquiescencia de todos o casi todos sus compatriotas; pero puede decir muy bien que gobierna con la voluntad del pueblo, aquel que cuenta con la simpatía y el beneplácito de gran número de hombres, de gran número de fuerzas sociales, que están conformes en lo esencial, con su modo de ser en política.

En tiempos ya lejanos, por fortuna, un golpe de Estado, unas cuantas barricadas o una revolución cualquiera pudieron llevar a un hombre al Poder sin que una gran parte del pueblo le apoyase o le siguiese; hoy gracias al espíritu liberal que reina en el mundo entero, esto no sería posible, y de serlo por un momento, el Poder en estas condiciones sería deleznable y pasajero.

Penetrado Maura de estas verdades, cual ningún político español, hace mucho tiempo que viene

requiriendo el concurso para su obra del mayor número posible de adeptos: a unos les invita implícitamente al ingreso en el partido conservador, a otros reclama su apoyo en nombre de cosas tan respetables y sagradas, como la defensa del orden social, del Ejército, de la propiedad, de la familia...

A aquellos que no tienen hecha profesión de fe política, les muestra su programa; a los que ya están afiliados a otro partido de orden, les requiere para que le ayuden, sin abdicar de sus compromisos.

Y Maura enamorado del sufragio universal, pues para él es indudable que en el pueblo radica la soberanía, y Maura entusiasta de los derechos políticos modernos, se dirige a la Nación entera en el memorable discurso del Senado, en aquellas elocuentes palabras, de las cuales deben tomar nota los que llaman a Maura reaccionario. «Pues contra eso (las ideas revolucionarias) no hay más que una defensa que consiste en actuar con la ciudadanía, con el voto, con la propaganda, con las manifestaciones, no contentándose con decir al oído del deudo o del amigo lo que se opina, sino interviniendo todos los españoles, los electores y los que no lo son, en la vida pública, para hacer

sentir a todos los Poderes públicos el verdadero espíritu, el verdadero estado del alma nacional, sin que sea posible transferir, como a ello propenden muchas veces las clases acomodadas e inteligentes, a instituciones y órganos constitucionales del régimen político de su país, las funciones de la sociedad, las funciones de la masa electoral, las funciones, en suma, de esa soberanía que se regula más o menos, que tiene más o menos forma en las leyes positivas, pero que es la única determinante en la vida pública de los pueblos cultos.»

¡Cuántos comentarios sugiere este liberal y patriótico llamamiento al pueblo! ¡Cuánta fe en los ideales! ¡Cuántos anhelos por los procedimientos políticos más democráticos! ¡Cuánta esperanza en lograr la adhesión de aquellos que de buena fe y con nobles estímulos quieren ser útiles a la Patria!

Así se hace política, así se hace partido, así se hace opinión: oidlo bien, periódicos del *trust* que, ciegos con vuestra *rabia a Maura* y sus ministros, no vaciláis en falsear la verdad, dando, por ejemplo, por fracaso un caluroso recibimiento hecho a La Cierva en Murcia, siquiera vuestras intenciones hayan sido burladas con la enérgica protesta de toda la Prensa y de todo el noble pueblo murciano.

Y está Maura tan enamorado del sufragio, de la propaganda y de la manifestación, y está Maura tan convencido de que en el ejercicio de esos derechos está hoy el único medio legítimo para conquistar al pueblo y para llegar al Gobierno, que si por un momento dudase de su éxito, que si por cualquier causa se penetrase de que el pueblo le miraba con desvío, Maura abandonaría decididamente la vida pública, pues no es hombre que se preste fácilmente a vivir de complacencias equívocas, ni mucho menos a gobernar con vilipendio.

Los egoístas y aquellos *maliciosos* de que antes hablábamos pondrán en tela de juicio nuestras afirmaciones y pensarán que así como algo tiene el agua cuando lo bendicen, algo tendrá también el Poder cuando ocasionando el alcanzarle tantos desvelos y desazones, sienten tanta obsesión los políticos por conseguirle y retenerle; pero yo pregunto a esos egoístas y murmuradores qué ideales sienten ellos en su vida no política, en su vida profesional, en su vida de relación con los demás hombres, y ya que no son capaces de concebir la grandeza de un pensamiento, la grandeza de una aspiración en la vida pública, yo les negaré a ellos todo noble propósito, todo anhelo levantado en su oficio, en su vida privada y en el comercio social.

Por otra parte, a ellos no les requiere Maura, a ellos no les necesitamos ni en el partido conservador ni en la conjunción de los defensores del orden y del bienestar social; sabemos que lo mismo hablan mal de Maura, que de Moret, que de Lerroux; sabemos que son energías perdidas en la lucha de las ideas; que son riachuelos que se agotan sin recorrer los campos y sin llevar sus aguas al cauce común; para ellos por ahora basta con nuestro desprecio, que mañana, y ante el tribunal de la historia, se harán efectivas sus responsabilidades.

A quien Maura llama es a los que sienten latir en su cerebro ideas de redención para la Patria; a quien llama es a los hombres de buena voluntad, a la juventud entusiasta, a la masa conservadora, no política de la Nación, mucho más numerosa de lo que desearían los del *bloque* que se desmorona y los del *trust* que se deshace.

Y hay que fijarse bien en que Maura no llama a la opinión pública en su discurso del Senado mostrando su programa político, sino agitando una bandera de mucha más trascendencia social; la llama como mantenedor de la autoridad frente a los incalificables sucesos de la semana trágica de Barcelona, como paladín esforzado del Ejército

contra el antimilitarismo de los cobardes pacifistas, a quienes nada importa el honor de la Patria hollado en suelo africano, la llama como gobernante que supo respetar la sentencia de un dignísimo Tribunal militar que condenó a muerte a un anarquista incendiario; la llama en defensa de la propiedad, de la familia, del hogar sacrosanto... puestos en peligro por las asechanzas de anarquistas, ácratas y libertarios; la llama con la aureola inmarcesible de su valor acreditado ante los anónimos y las amenazas más terribles de quienes saben cumplir sus promesas.

*

¿Y a qué obliga el acudir a este llamamiento? Ya hemos indicado que un ciudadano puede estar al lado de Maura de dos modos: o en identificación absoluta con su programa político, formando parte del partido liberal conservador o continuando en otro partido o sin pertenecer a ninguno, pero ayudando a Maura con el voto, con la propaganda y con la manifestación, para defender lo que él significa en esta lucha sin cuartel que ha declarado a la revolución.

Los que pensamos que todo español debe opi-

nar decididamente en política y que todos deben pertenecer a un partido (hay muchos para escoger), claro es que creemos es medio más eficaz y positivo de ayudar a Maura el alistarse entre sus filas si se piensa como él piensa. Pero como comprendemos que muchos no pueden dignamente cambiar de partido, ni abdicar de sus ideas, ni sumarse, por razones que respetamos, a un grupo político en actividad, no les invitamos a otra cosa sino a que nos apoyen en aquello que piensen y sientan como nosotros.

Lo que sí es necesario hacer notar, sobre todo a la juventud *positivista* que deseara militar en nuestro partido, es que con Maura se está por ideales y que, por consiguiente, en la comunidad conservadora es difícil *hacer carrera política*, en el sentido que tenía esta frase en el viejo vocabulario; Maura, que ha roto muchos moldes de antaño, ha impreso tal seriedad a la marcha de su partido, que no escoge para los puestos más que aquellos que él cree los merecen, y como no admite compadrazgos, prescinde para gobernar de las recomendaciones sobre personas que le haga cualquier primate o personaje, llámese como se llame; el lector recordará que al subir al Poder la última vez nombró en veinticuatro horas todos los gober-

nadores de España sin consultar siquiera con los propios interesados.

Por eso, el que se haga conservador sólo por medro personal, para llegar a ser concejal, diputado, gobernador o director general u otra cosa parecida, puede equivocarse de medio a medio y bueno es que sepa a qué atenerse de antemano, porque acaso le sea más conveniente irse con los liberales si consigue, por ejemplo, hacerse amigo de Romanones, y mejor, pariente de Montero Ríos.

Esto no es decir que no deban tenerse aspiraciones, esto no es afirmar que en el partido conservador sólo se exijan sacrificios. El partido conservador, compuesto de hombres, necesita ministros, subsecretarios, gobernadores, etc., y claro es que de entre los conservadores han de ser elegidos; lo que quiere decirse es que los puestos hay que ganarlos con entusiasmo por las ideas, en lucha abierta y franca, donde no se cotiza el favor, sino señaladamente la lealtad, la valía y el amor a los principios políticos fundamentales.

No afirmamos, por otra parte, que el partido conservador sea impecable, que no tenga defectos, pero sí queremos hacer constar que de lo que se trata ahora con más ahinco, si cabe, que antes, es

de mejorar en lo posible su organización y sus procedimientos de gobierno, es de hacerle lo más perfecto posible dentro de las realidades humanas.

Maura y nosotros protestamos de esa frase que hace años corría de boca en boca y que hoy se pronuncia todavía por quien no sabe distinguir lo blanco de lo negro en política: «todos los políticos son iguales». No; no todos los políticos y todos los partidos son iguales, ¡aun hay clases en la política española! Y por suerte nuestra no somos nosotros los que lo decimos, sino esos muchísimos ciudadanos que sin estar afiliados al partido conservador nos muestran sus simpatías y aun algo más que sus simpatías.

También conviene advertir a los que, aunque nos ayuden, no sean conservadores, que el llamamiento de Maura no les obliga al sacrificio de ninguna independencia, no les compromete a nada definitivamente: antes al contrario, el mismo Maura no quiere compromiso alguno fuera del partido conservador, y como él, en su ya tantas veces citado discurso, desarrolla esta idea mucho mejor que nosotros pudiéramos hacerlo, copiamos el párrafo en cuestión: «El partido conservador tiene que recoger, el partido conservador tiene que re-

presentar, el partido conservador tiene que servir y servir denodadamente, resueltamente, sin medir el esfuerzo, todo ese sentir de las derechas españolas; y aquí tengo que salir al paso de una habilidad que tergiversa estos conceptos buscando contrarrestar de esta manera monstruosas coaliciones. No; yo no llamo ni acepto ninguna coalición, ni organización política fuera del partido conservador: lo que digo es que todos aquellos españoles, aunque tengan particularmente alguna predilección a la cual no satisfaga el programa del partido conservador, pero que sustancialmente sientan la necesidad de oponerse al triunfo de la revolución, todos esos deben ayudarnos individualmente, por sus sentimientos y por sus ideas, completamente fuera de organizaciones políticas extrañas a nosotros: y si no lo hacen, a su cuenta va, no a la nuestra».

He aquí admirablemente cristalizado el pensamiento de Maura; cada uno estése en su puesto, cada uno siga en su partido, pero si sois amantes del orden social, si sois enemigos de la revolución, tenéis que estar a mi lado (al lado de Maura) en lo fundamental, en aquello que es esencia de la vida social española.

Llegó la hora del gran combate: España está

dividida en dos hemisferios; el revolucionario con sus cómplices y encubridores, y el mantenedor a toda costa de la paz y de la tranquilidad pública...; y se han puesto las cosas de tal manera, que el dilema es imperioso: o con Maura o con Lerroux.

CAPITULO III

Las derechas españolas.

¿Cuál es el sentir de las derechas españolas en la cuestión palpitante que tenemos sobre el tapete?

¿Qué partidos pueden ayudar a Maura en defensa de la Constitución contra el radicalismo; en defensa del Rey contra la revolución; en defensa del orden social contra la anarquía?

Aunque realmente el único partido bien llamado tradicionalista es el carlista (todavía no se le titula jaimista), no regatearemos al integrismo este título, puesto que él mismo hace gala de ostentarlo, tanto más cuanto que esta comunidad política, mejor llamada cofradía, no ha tenido en su origen otra razón de ser que el divorcio personal entre D. Carlos y Nocedal.

En efecto: era el partido carlista bastante vigoroso, hará próximamente veinte años, cuando un

día Nocedal, de carácter rebelde y soberbio, levantó bandera contra D. Carlos, con el fútil pretexto de que el *Rey* se liberalizaba, pues entre otras cosas, no del agrado del disidente, había dicho en reciente manifiesto que era opuesto al *espionaje religioso* y que «el siglo XIX no era el siglo XVI». Desde entonces el partido tradicionalista se dividió en dos grupos, el netamente carlista y el integrista.

Declarada la guerra entre ambos, Nocedal desde *El Siglo Futuro* y D. Carlos y los suyos desde *El Correo Español*, se combatieron durante mucho tiempo con ruda saña. Pero pasaron los años: los carlistas e integristas de buena fe se fueron convenciendo poco a poco de que nada sustancial les separaba, y por conveniencias electorales y por otras razones que no son del caso han llegado hoy ambos partidos, si no a una completa unión, sí por lo menos a una entrañable concordia, sellada con el lema del añejo e inexacto título de la obrita de Sardá y Salvany *El liberalismo es pecado.* Carlistas e integristas, pues, a fuer de tradicionalistas coinciden en el dogma político fundamental que declara guerra a muerte al liberalismo, causa, según ellos, de todas las desgracias y de todos los males que afligen a España.

Como se ve, la inteligencia del partido conservador con estos elementos no puede realizarse nunca en el terreno doctrinal. El partido conservador, que ante todo y sobre todo es liberal, no puede pactar nunca con los sistemáticos enemigos del liberalismo; el partido conservador, que tiene por misión augusta mantener el espíritu de la Constitución, no debe ni siquiera tener concomitancias con los defensores de procedimientos políticos marcadamente inquisitoriales; el partido conservador, guardián celoso y entusiasta del trono de Don Alfonso, no puede hacer ninguna concesión a los partidarios del pretendiente y sus secuaces.

Por eso Maura no acepta ni puede aceptar, sin renegar de su historia y de la historia de su partido, ninguna coalición ni organización política con esos elementos, que sólo representan un pasado, que a ratos fué glorioso, pero que es a todas luces incompatible con la vida moderna, con el progreso y con la libertad en que deben vivir los pueblos redimidos de la tiranía del absolutismo.

Pero hemos de decir también en honor de la verdad, porque a nosotros no nos duelen prendas, que aunque los conservadores quisiéramos llegar a una solidaridad con esas fuerzas políticas, no podríamos lograrlo, porque esos partidos tradiciona-

listas, que están equivocados, que son una rémora para el porvenir de España, tienen, sin embargo, mucha fe en sus ideales, son muy consecuentes en el mantenimiento de sus dogmas, y a nosotros los conservadores nos han mostrado y nos mostrarán en lo sucesivo su más *implacable hostilidad.*

Para ellos nosotros somos tan *malos* como los liberales, los republicanos y los anarquistas: hubo un tiempo en que dijeron éramos peores que los monstruos de la *Commune*, tergiversando palabras de Pío IX, y aun hoy mismo, que sin notarlo ellos se van haciendo más tolerantes, más benévolos con el pensamiento ajeno, más liberales, escribe el jefe del integrismo, Manuel Senante, a propósito de la cuestión candente de la unión de las derechas: «No solamente creo que el partido liberal conservador dirigido hoy por Maura no da garantía ninguna contra la revolución, sino que estimo que en él está el germen de la revolución y en él tiene ésta su más firme apoyo, hasta el punto que sin el partido conservador no sería empresa difícil vencer a la revolución en nuestra Patria».

Se ve, pues, muy claro que ni ellos ni nosotros queremos ni podemos llegar a inteligencia de ningún género. Somos sustancialmente incompatibles en política conservadores y tradicionalistas.

Pero a pesar de esta sustancial incompatibilidad política puede decirse que en el terreno religioso tenemos ideales comunes en su esencia, aunque no en su procedimiento, forma y manifestación. Nos explicaremos: los tradicionalistas y los conservadores somos católicos: en lo que discrepamos es en la manera, en el modo de entender el catolicismo: ellos creen que no se puede ser católico y liberal, porque para ellos el liberalismo está condenado por el Pontífice Pío IX en el Syllabus, y nosotros pensamos no sólo que son compatibles ambos conceptos, sino que necesariamente y en el estado de cosas actual, respetando, como no hay más remedio que respetar, los hechos consumados, se sirven mejor los intereses de la Religión en España desde un partido de gobierno que no sólo no molesta a la Iglesia, sino que la protege al amparo de las leyes, que desde esos partidos arcaicos que no tienen ambiente en la opinión y que, por consiguiente, no pueden aspirar con fundamento a revivir en la vida pública.

Claro es que los conservadores respetamos a fuer de católicos las decisiones del Romano Pontífice y de los Prelados en materia de fe y costumbres; pero no viviendo en el fanatismo inaguantable en que viven los tradicionalistas—sobre todo los in-

tegristas—nos libramos muy bien de interpretar Encíclicas y Pastorales, tratando de retorcerlas y de acomodarlas a nuestros fines, antes al contrario, pensamos que esa incumbencia no es de nuestros negociados, pues... ¡Doctores tiene la Santa Madre Iglesia!

Y aunque no seamos tan celosos, tan fervorosos, tan buenos como los integristas, a nosotros nunca nos ha excomulgado ningún periódico el obispo que fué de Salamanca P. Cámara, como se lo excomulgó a los integristas, ni nos ha amonestado tampoco ningún Prelado, como acaba de hacerlo con *El Siglo Futuro* el obispo de Madrid-Alcalá. Y aunque no seamos tan mansos, tan humildes, tan caritativos como ellos, nunca nos atreveremos a interpretar, por ejemplo, la Encíclica *Cum multa* del llorado León XIII cuando recomienda a los escritores católicos prudencia y mesura en las discusiones en defensa de la Iglesia, como la interpreta Sardá y Salvany en su famoso librito cuando escribe: «A los liberales combatiéndoles... se puede sacar al público sus infamias, ridiculizar sus costumbres, cubrir de ignominia su nombre y apellido: si señor; y se puede hacer en prosa, en verso, en serio y en broma, en grabado

y por todas las artes y por todos los procedimientos que en adelante se inventen».

De todos modos, mejores o peores que ellos, nosotros somos católicos, defendemos las cosas católicas, respetamos a los sacerdotes y acatamos las decisiones de la Iglesia en aquello que es de su incumbencia, mientras que los del bloque de las izquierdas, en cambio, desde Moret con la ley de Asociaciones, secularización de cementerios, etcétera, etc., hasta los que tratan de *aniquilar* las Ordenes religiosas y hacer madres a las novicias, pretenden perseguir los intereses de la Iglesia y de los sacerdotes y religiosos.

Por eso no es extraño que bastantes carlistas e integristas, no todos, vean en nosotros, y sólo en este punto, unos aliados para dar la batalla a la revolución, cosa que explica por otra parte también, el que en las elecciones municipales, por ejemplo, donde han luchado juntos republicanos, socialistas v liberales, por ley de la inercia hayan caído ellos de nuestro lado, lo cual no contradice en nada lo antes expuesto, pues si bien el espíritu de estos partidos es absolutamente hostil a los conservadores, suele ocurrir que en algunas localidades las conveniencias electorales hagan más hostil a cualquier otro adversario, ya que en últi-

mo caso la teoría del mal menor, de que luego hablaremos, ha hecho mella inconsciente en muchos tradicionalistas, en los menos *netos* o rabiosos. Pero esto, repetimos, es circunstancial; en general y en el terreno de los principios políticos existe un verdadero abismo entre los tradicionalistas y los conservadores.

*

También debían ser sustancialmente incompatibles los ex ministros del Rey y ex presidentes del Consejo con los radicales; también debía mediar un abismo entre el partido liberal monárquico y los republicanos y socialistas; pero, sin embargo, todos hemos visto entre ellos no ya concomitancias circunstanciales, sino verdaderas inteligencias, coaliciones y conjunciones selladas por el odio común a Maura, en los mítines de Zaragoza y Valladolid, en el *trust* de dos periódicos monárquicos y un republicano, y muy señaladamente unidos todos en apretado haz en el contubernio memorable a cuyo amparo subió recientemente al Poder el partido liberal.

He aquí, pues, lector imparcial, una diferencia muy grande en los procedimientos políticos empleados por los conservadores y por los liberales;

he aquí una de las razones que tenemos nosotros para protestar de aquello de que «todos los políticos son iguales» y de esto otro más pintoresco y gráfico «son los mismos perros con distintos collares», «todos son lobos de la misma camada».

Para los conservadores tan adversarios son los integristas y los carlistas, como los socialistas y republicanos; a los liberales le son más antipáticos y molestos los conservadores que los mismos republicanos y socialistas; nada les importa tener de común con nosotros la obligación de guardar la Constitución y la Monarquía, prefieren aliarse con los que atacan ambas cosas, aun a trueque de ponerlas en peligro.

A nosotros, por otra parte no nos extraña, que la resistencia que nos muestran los tradicionalistas a los conservadores, se traduzca en la más plácida suavidad por parte de radicales y ácratas, con respecto a los liberales; alegan por pretexto la defensa de la libertad puesta en peligro por *la ola de la reacción*, pero no persiguen otra finalidad que arrimar el ascua a su sardina.

Ya lo dijo Lerroux en el mitin republicano celebrado en Madrid el domingo 21 de noviembre: «Nosotros aprovechamos esa tregua (la que republicanos, socialistas y anarquistas se han dignado

dar a Moret) para dedicarnos a la organización interior del partido y a la propaganda». «El partido liberal ha llegado al Poder prometiendo a la opinión reformas netamente liberales y anticlericales, que no podrán realizarse porque la Monarquía se opondrá. Los republicados colocarán entonces al partido liberal en situación crítica respecto de la Corona, que habrá sido causa de que haya faltado el Sr. Moret a sus compromisos.»

«El Rey se encontrará privado a la vez del partido conservador, contra el que habremos excitado nosotros los odios populares y del partido liberal, desacreditado por su debilidad, falto de apoyo, aislado: *este será el momento elegido por los republicanos para realizar su acción.*»

¡Cría cuervos, ¡oh! Moret, y te sacarán los ojos!

*

Pero debemos ahondar más en el problema de definir y concretar lo que debe entenderse por derechas españolas.

Quedan descartados a los fines del llamamiento el integrismo y el carlismo, que no quieran nada con nosotros ni nosotros con ellos, y descartados estos partidos, ¿dónde están las derechas españolas fuera del partido conservador?

A primera vista pareceque no hay más partidos o fuerzas políticas de la derecha que los tradicionalistas; pero si se reflexiona un poco se verá que hay gran número de españoles que no son carlistas ni integristas, y que sin pertenecer al partido conservador sienten por él grandes simpatías, aunque no transijan con todo su programa; estos son los llamados católicos a secas, los que siguen la tendencia del periódico *El Universo*, órgano del episcopado español, y comulgan en las ideas que en muchas provincias sustentan los llamados Consejos Diocesanos y en otras los titulados Centros de defensa social. Todos estos españoles, que son muchos, muchísimos, aunque no tienen jefe ni programa político, en el sentido concreto de estas palabras, constituyen un factor importantísimo en el comercio político actual.

Bastantes de estos elementos proceden del carlismo o del integrismo. Desengañados ya de la lucha estéril por la utopía, hartos de estar siempre arma al brazo en defensa de cosas que fueron y no volverán, aunque siguen manteniéndose firmes en sus principios antiliberales, se muestran hoy más conformes con seguir en materia política el criterio transigente y conciliador de los Prelados que en aferrarse como a un clavo ardiendo a los sofis-

mas y distingos de los definidores religiosos de levita y sombrero de copa.

Otros no han sido nunca tradicionalistas: son católicos a machamartillo, pero no han figurado nunca en política, por creer que no era obligatorio el afiliarse a un partido; éstos, en virtud del llamamiento de algunos periódicos, y sobre todo de las recomendaciones apremiantes del Papa y los obispos, se han decidido a votar, a hacer propaganda de sus ideas, a suscribirse a *El Universo* y a figurar en las listas de los Consejos Diocesanos o Centros de defensa social.

Por último, y este es el elemento más brillante de esta agrupación que no llamaremos partido, existe gran número de jóvenes educados cristianamente en colegios religiosos, que habiendo nacido cuando el carlismo y el integrismo, han perdido su empuje, no han vivido en esos establecimientos el ambiente que en ellos se respiraba de veinte años atrás, sino en otro más conciliador y predispuesto hacia las instituciones vigentes.

Todos estos españoles, católicos antes que nada, (monárquicos de Don Alfonso) muchos de ellos no quieren militar en el partido conservador, precisamente porque su criterio sobre el catolicismo se les antoja opuesto a los principios liberales, pero

no porque no sientan por Maura y por su obra verdadera consideración y simpatía. Para ellos Maura es el mejor político español, muy superior a todos los de su época, pero ellos no pueden entregarse a Maura porque reniegan de las libertades constitucionales, porque sueñan todavía con el ideal del restablecimiento de la unidad católica.

Y unos y otros, los que proceden del tradicionalismo y los que han nacido a la vida pública en esta aspiración que cristaliza el modo de ser de tantos católicos, son fervientes paladines de la famosa doctrina del mal menor aprobada por el Papa y todos los prelados y expuesta en la revista *Razón y Fe* por los padres jesuítas Minteguiaga y Villada en los últimos meses del año 1905.

Esta teoría señala a los católicos el camino que deben seguir en las elecciones municipales, y aun puede decirse que en las demás clases de elecciones. Parte del supuesto, de la obligación para los católicos de acudir a las urnas en las siguientes palabras del P. Minteguiaga: «Potestativo como es el ejercicio del derecho individual de elegir ante la ley civil española mientras no se apruebe el proyecto de ley del voto obligatorio (no olvide el lector que esto se escribía en 1905), no lo es, ni lo puede ser ante la ley moral. Porque, ¿cómo

ha de ser cosa indiferente en el orden moral, que aquí está representado por la justicia legal, el que los ciudadanos miren o no por el bien público y el que los católicos no se interesen por el bien de la religión o que como católicos y como ciudadanos juntamente se desentiendan como si en nada les tocasen de los daños de la Iglesia y de la sociedad?

También es punto de partida en esta teoría la distinción entre católicos y liberales, que no vamos a juzgar en este momento, en que sólo hacemos relación de una opinión ajena: «La primera regla o norma de conducta a la cual ningún buen católico tendrá dificultad en suscribir es que donde se puede esperar el triunfo de una candidatura cerrada de católicos no liberales, es decir, donde los católicos se bastan a sí mismos, la lucha debe entablarse entre los católicos netos y los liberales...

Y dados estos supuestos, se establece y se sienta el principio de que es lícito votar a un candidato indigno cuando concurre con otro más indigno; y dice el P. Minteguiaga «la calificación de indigno se limita aquí el candidato hostil a la Religión, como lo es en más o menos grado el liberal en cuanto liberal»...

El célebre caso se ventila en la suposición de

que de todos modos ha de ser elegido uno de los dos candidatos indignos, y también se da por supuesto que no ha de haber mala intención en el elector católico, intención de que triunfe el candidato indigno, sino únicamente la intención manifiesta de rechazar y de evitar a toda costa la elección del candidato más hostil a la religión.

«El reparo y dificultad que se ofrece aquí a la conciencia aparece de bulto y salta a la vista. Porque nunca es lícito hacer un mal para alcanzar un bien, y mal es, sin duda, aunque menor, elegir a un indigno, aunque sea menos indigno. Y esto es lo que hace vacilar y lo que retrae a muchos. Mas por el lado opuesto de la licitud aparece y llama a sí la atención un principio de prudencia que, si bien se presta a graves abusos cuando se le aplica mal, es en sí razonable y aceptable aun en el fuero de la conciencia, y aun puede decirse que es una verdad de sentido común y de aplicación diaria en los usos de la vida. Es el principio de que de dos males necesarios, o sea cuando el uno o el otro es inevitable, se debe elegir el menor o del mal el menos, como lo expresa concisamente el lenguaje ordinario.»

He aquí bien claramente formulada la esencia de la doctrina célebre del mal menor, doctrina que

no se limita hoy en la aplicación de su sentido a las elecciones municipales, sino a las generales y aun a otros órdenes de la vida política, pudiendo decirse que por extensión se aplica hoy por los católicos netos—llamados así por no estar contaminados por la menor sospecha de liberalismo—a todas las dudas y cuestiones que con su modo de ser en la vida pública tienen relación. Así, por ejemplo, no sólo es ya indiscutible para ellos que antes deben votar en toda clase de elecciones a un conservador que a un liberal y a un liberal que a un republicano, sino que en virtud de ciertas afinidades, fomentadas por ellos y algunos de nosotros, puesto que con fuerzas monárquicas y de orden, gustosos entramos en plática, casi puede decirse que formarán en día no lejano la extrema derecha de nuestro partido. Para ello no necesitan dar más que un paso, pasar el terrible Rubicón del liberalismo—ya verán cómo no es tan fiero el león como lo pintan sus enemigos sistemáticos—, y por la misma teoría del mal menor se convencerán de que, desarrollándose la vida pública en la realidad, en la ingrata realidad, no es posible desentenderse de la corriente de los tiempos, no es posible laborar por la derogación de leyes sancionadas ya por la conciencia pública, y es necesario transigir con

el liberalismo, que si para ellos es un mal abominable, para nosotros tal y como lo entendemos es el *bien mayor* que se ha conquistado en la vida política durante las últimas centurias. Muy pronto se convencerán de que para que sea eficaz el esfuerzo de los católicos contra la impiedad hay que convertirlo en algo positivo, hay que llevarlo a los cauces por donde corren las aguas de la vida pública.

Una aspiración, una tendencia, por respetable que sea, tiene que encarnar en un partido con jefe y programa de gobierno para que pueda alcanzar beligerancia política. Déjense de escrúpulos inocentes—que ya hoy van desapareciendo de muchas conciencias—, déjense de discutir entre dignos, menos dignos, indignos, más indignos, etcétera, etc., y vengan a ampararse y cobijarse bajo la bandera conservadora que hoy tremola Maura a los cuatro vientos: que Maura, para todo amante de la religión, no ya debe ser el mal menor relativo, sino el bien mayor absoluto; que Maura no es el menos indigno, sino tan digno como el que más en todos los sentidos en que pueda aplicarse la palabra.

De todos modos, entren o no en nuestro partido, Maura cuenta con esas fuerzas sociales para

dar la batalla a la anarquía. Cuando se trate de discutir los principios filosóficos de tal o cual partido, podrán sacarse a colación las cuestiones del liberalismo; pero hoy no se trata de eso. El llamamiento de Maura a las derechas españolas, que más que político, como queda dicho, es de carácter social, no se hace en virtud de ningún programa concreto de gobierno; se hace en defensa de cosas muy sagradas, puestas en riesgo; en defensa de la autoridad de la Patria, del Trono...

Para estos efectos estas fuerzas—que no están tan obcecadas como las tradicionalistas—son nuestras aliadas incondicionales, pues a pesar de sus ideas, mejor dicho en virtud de sus ideas, reputan por mal menor a la Constitución con su liberalismo, que a la revolución con la anarquía.

*

Tienen también su participación en las derechas españolas muchos ciudadanos que sin hacer de la religión bandera política, porque estiman que cada cosa debe ocupar el lugar que le corresponde—que sin ser político o siéndolo de otros partidos (incluso el liberal)—, no sólo no están conformes con el mal paso dado por Moret, sino que a todo trance tratan de sumarse a las fuerzas que recuenta Maura para el día de la batalla. Unos lo

harán públicamente, otros a la chita callando, pero si llega el día de verlo quedará asombrado el *trust* por su número y calidad, si es que no lo va notando ya en sus arcas con el desvío de muchos que antes compraban, por ejemplo, *El Imparcial* y *Heraldo*, y ahora poco a poco o mucho a mucho se van marchando a *El Mundo*, al *A B C* y a *La Correspondencia*.

Desde luego que estas no son fuerzas conservadoras en el sentido concreto de la palabra, pero sí lo son en su concepto amplio y extenso, por lo cual en la división que hoy se hace de las fuerzas políticas nacionales, en la nomenclatura de grupos de la derecha o de la izquierda, tienen su lugar, y por cierto preeminente, al lado de Maura.

*

Todos estos elementos, con la excepción natural del carlismo y el integrismo, unidos al robusto y cada día más vigoroso partido conservador—pese a Sánchez de Toca—forman las derechas españolas (a quien llama Maura) y se bastan y se sobran para vencer el día en que haga falta acudir al terreno donde se pongan en litigio cosas, personas e instituciones, que sin la conducta inexplicable y suicida de los liberales, ni siquiera se hubieran puesto a discusión.

CAPÍTULO IV

El clericalismo de Maura.

Cosa muy distinta es hacer una afirmación que demostrarla con pruebas, siquiera se haga en reuniones, Círculos y periódicos a tontas y a locas.

Es cantinela liberal de siempre, tachar al partido conservador de reaccionario, cuando se cree que con este mote se le puede derribar y siempre se hace arma de este calificativo cuando llevan los conservadores en el Poder el tiempo suficiente para que en el partido liberal se avive y acentúe el apetito del mando. Esta es cosa de hace muchos años; Cánovas y Silvela no se libraron de esta tacha, no se libra Maura ni se librará seguramente ningún jefe conservador del porvenir.

Pero como las cosas son como son y no como los liberales y consortes quieren que sean, nosotros vamos a demostrar ahora, no sólo que Maura no es clerical ni reaccionario, sino que es mucho más

liberal que la mayoría de los que le motejan con estos dictados.

Si a las palabras hay que darlas el valor que tienen en el léxico, clerical es según la Academia «lo perteneciente al clérigo, como hábito clerical: costumbres clericales», es decir, que de quien siendo seglar se diga que es clerical en su vida privada, será porque es muy dado a las cosas de los clérigos, y así guste, por ejemplo, de ir afeitado y vestido de negro, de ayudar muchas misas, de pasear con sacerdotes, de frecuentar residencias de jesuítas y religiosos, de consultarles en todo, de asistir a los sermones y discutir con apasionamiento en las sacristías, si estuvo mejor o peor el padre Zacarías en la novena de las Animas que el padre Torcuato en la de la Purísima...

Esto, sentado, será clerical en la vida pública, aquel político que trate de gobernar rodeado de obispos y canónigos, con los consejos de los sacerdotes, protegiendo y ayudando la creación de conventos y casas religiosas y procurando en definitiva que el clero alcance durante su mando los mayores privilegios y las más señaladas prerrogativas.

¿Y hay alguien que en serio pueda tachar a Maura de clerical, después de haber desentrañado

¿lo que significa la palabreja? ¿Se conoce a Maura alguna amistad eclesiástica que inspire su modo de gobernar?

¿Se puede señalar por ventura algún caso en que Maura haya facilitado a alguna comunidad o asociación religiosa la resolución de cualquier cuestión, interponiendo su influencia de gobernante?

¿Existe algún privilegio en disposiciones legislativas o del Poder ejecutivo, promulgadas en tiempo de Maura, para frailes, monjas o sacerdotes?...

Luego Maura no es clerical, dígalo quien lo diga y afírmelo quien lo afirme.

Lo que sucede es que en el lenguaje vulgar se llama clerical a todo aquel político que no trata de molestar a la Iglesia y sus ministros, los sacerdotes, y que, fiel guardador de la libertad, les ampara en los derechos que la Constitución y las leyes establecen. Y como Moret con sus pujos de demagogo (asociaciones, secularización de cementerios, libertad de cultos, etc., etc.) trata de molestar al clero y a la Iglesia, y como Sol y Ortega, por ejemplo, con estas y otras llamadas libertades trata más que de molestar de agredir a estas instituciones respetables, y como Lerroux y secuaces

pretenden nada menos que «levantar el velo a las novicias y elevarlas a la categoría de madres», resulta que quien no se mete con la Iglesia y con frailes y monjas es un clerical, un neo, un ultramontano, un reaccionario.

Se ve, pues, que estos críticos del clericalismo de Maura señalan como defecto el no incurrir en el exceso; llaman clerical al que no hace alarde de anticlericalismo, y así dirán, si son lógicos, que no anda el que no se rinde de cansancio y que no come el que no se harta hasta reventar.

No tienen noción del término medio, en el cual muchas veces suele estar la verdad, y para ellos el que no trata de *comerse a los curas crudos* es muy amigo de los curas; cuando hay muchas gentes, y entre ellas Maura y los conservadores, que sin tratar de perseguir ni mucho menos al clero, a quien respetan, tampoco están dispuestas a dejarse guiar por sus inspiraciones en las cosas terrenas, pues ellas y nosotros sabremos dar a Dios lo que es de Dios y al César lo que es del César.

A Dios lo que es de Dios, es decir, a la Iglesia libertad absoluta para su desenvolvimiento y el logro de sus sagrados fines; a sus ministros consideración, respeto y toda clase de garantías para el ejercicio de su misión. Al César, al gobernante,

libertad también absoluta para dirigir al pueblo en las cosas temporales, sin intromisión ni ingerencia del clero o de la Iglesia...

Y ya empezamos a demostrar que somos liberales...

*

¿Será, por ventura, Maura reaccionario aun dado caso que no sea clerical?

Yo no sé a punto fijo quién es reaccionario y quién es activo o *accionario* en la política española. Creo que este concepto es esencialmente relativo y que a uno se le puede antojar reaccionario otro que parezca muy liberal a un tercero. Y aquí viene como anillo al dedo algo que nosotros hemos escrito en otra ocasión, y que por su pertinencia no resistimos al deseo de transcribir.

Decíamos en un discurso que pronunciamos en Burgos en la inauguración de la Academia de Ciencias sociales, centro de cultura muy respetable de la vieja e ilustre ciudad castellana, allá por el año 1906, lo siguiente:

«Yo creo que el tener hoy por reaccionario o liberal a cualquier político español sólo depende del punto de mira en que se coloque el crítico de su conducta política.»

«Para los anarquistas, y no me refiero a los im-

pulsivos, a los criminales, sino a los científicos, el compañero Pablo Iglesias es un reaccionario que con el socialismo defiende la tiranía odiosa del Estado; para Lerroux o Soriano, Melquiades Alvarez con su república gubernamental sólo significa la reacción dentro del campo de una democracia; para Salmerón, Canalejas, a fuer de monárquico, es clerical y retrógrado, siquiera figure en la izquierda del partido gobernante; para Canalejas, Maura y Pidal son los representantes políticos de la moderna y pujante teocracia; Pidal y Maura son liberales y peores que los monstruos de la *Commune* para los integristas, y aun para Nocedal hasta los padres jesuítas se hallan contaminados del virus ponzoñoso del catolicismo liberal con sus famosas teorías del mal menor.»

«¿Quién, pues, es liberal y quién reaccionario? ¿Queréis que os lo diga? ¿Queréis que os muestre la piedra de toque para distinguir a un avanzado de un retrógrado?»

«Tal andan las cosas, que aunque parezca mentira que estemos tan ciegos y obcecados y nos preocupen hondamente cuestiones en que ya nadie piensa en Europa y en América, es facilísimo contestar a esta pregunta. Para muchos españoles, acaso para la mayoría, los católicos verdaderos

que creen y practican esos son los reaccionarios! los que no lo son, esos son los liberales. No importa que el católico sea hombre de mundo, de ilustración y de cultura, abierto a todo espíritu de reforma, amante de la libertad política y aun si queréis partidario del sufragio universal, del Jurado y de todas las conquistas de la verdadera democracia; no, si es católico es reaccionario». «Por el contrario a un analfabeto cualquiera que tenga la osadía de decir con voz muy fuerte que es ateo a ese se le concede sin dificultad la patente de liberal.»

Esto decíamos entonces y esto repetimos ahora, añadiendo que a Maura en esta cuestión, como en otras, no se le juzga por los actos de su vida pública—que nada tienen de reaccionarios—, sino por algún acto de su vida privada. Así, por ejemplo, se sabe que Maura oye misa y cumple con sus deberes de católico y ya se creen sus adversarios políticos con derecho a tildarle de reaccionario, confundiendo cosas de naturaleza absolutamente heterógenea, o mejor dicho no confundiendo nada sino arguyendo de mala fe, con tal de conseguir un efecto cualquiera.

Pero ¿es qué para los liberales hay incompatibilidad entre el catolicismo y el liberalismo? Si así

lo creen, que lo digan de una vez y sabremos a qué atenernos, porque hasta ahora esta especie sólo ha sido lanzada desde el campo tradicionalista.

No; no creen estos los liberales, ni los republicanos ni nadie, porque la libertad tiene su raíz y fundamento en el respecto y consideración a todas las creencias; lo que sucede es que para atacar a Maura son lícitas todas las armas, y ésta de que es clerical y reaccionario da mucho juego a los que la esgrimen ante gentes ignaras o sectarias.

El día en que se desenmascare a ciertas gentes, el día en que la cultura domine en la vida pública y todos sepan discurrir por su cuenta, entonces se verá quiénes han sido en España los políticos sinceramente liberales, honradamente liberales y quiénes han agitado a las masas con embustes y mentiras, precisamente contra aquellos políticos de buena fe y rectitud acrisolada del liberalismo.

Y lo repetimos, por halagar a las masas revolucionarias que ni piensan ni discurren, por el afán del medro personal, aun a trueque de malquistarse con la verdad, se atreve un titulado director del pueblo, se atreve Lerroux a decir en mitin reciente: «es preciso que todos los que se precian de liberales, nos juramentemos para que nunca

pueda ejercer en España el Poder (¡qué más quisierais los revolucionarios y anarquistas!) un hombre que lleva en su conciencia un *inquisidor*: el Sr. Maura».

¿Cómo entenderá la libertad quien en nombre del liberalismo quiere cerrar las puertas del Poder a un ciudadano que tiene tantos derechos como él? ¿Cómo entenderá la libertad quien llama a Maura inquisidor? Como la entienden siempre los radicales, negando el agua y el fuego en virtud de la libertad, a los que no piensan como ellos.

Compara, ¡oh!, lector, estas frases y estas invitaciones de Lerroux con aquellas palabras ya transcritas de Maura: «yo no me asusto de que se despliegue al viento cualquier programa, cualquier bandera, por radicales que sean sus lemas...» y juzga de quién es más liberal si Maura o Lerroux...

Es, pues, muy relativo este concepto de reaccionario, y quede demostrado que

todo es según del color
del cristal con que se mira.

....

Otra cosa debemos hacer notar aquí a más de la relatividad del concepto, y es que muchas veces se confunde el sentido de la palabra reacción, con el de su antagónica acción.

No puede dudarse que el origen de la palabra reacción viene del campo de la ciencia Mecánica; la acción y la reacción son leyes a que obedece el desenvolvimiento del mundo de los fenómenos; a la acción sigue la reacción en el terreno de la ciencia; al exceso en un sentido sigue la reacción en sentido opuesto, en el campo de la política.

Y yo pregunto ¿por qué regla de tres ha de ser siempre *acción* lo que hacen los liberales y siempre *reacción* lo que dicen que hacemos los conservadores? Porque acción es, el cierre de tabernas, el cumplimiento del descanso dominical, la prohibición de las navajas, la desaparición de los revendores, el señalamiento de hora para la terminación de los espectáculos públicos, etc., etc. (todas esas medidas de progreso y de cultura que tanto han molestado a ciertas gentes), y reacción es la vuelta al estado de cosa anterior.

Y ya que habéis dado, ¡oh liberales!, en la flor de hacer odiosa y antipática la palabra reacción, lo menos que puede exigirseos es que la sepáis aplicar y no echéis mano de ella, únicamente para juzgar de nuestros actos políticos, porque en muchas cosas sois más reaccionarios que nosotros, siquiera toméis por liberal el sistema de consentir

sus corruptelas a jugadores, prestamistas, revendedores, etc., etc.

Vuestra obra, por ejemplo, de la Revolución francesa, que estimáis como una página de gloria, no sólo es obra de acción en cuanto por ella se implantaron las nuevas ideas y se abrieron los nuevos horizontes del progreso político, sino que también es obra de reacción en cuanto cristalizó en un movimiento enérgico contra el absolutismo y sus abusos, símbolo entonces de la acción.

Acción y reacción son, pues, dos palabras supeditadas en su significado la una a la otra; no puede haber reacción sin acción, como no puede haber en los mares flujo sin reflujo en el movimiento de las olas...

*

Por eso, a nosotros los conservadores no se nos ofende—una vez expuestas las anteriores consideraciones aclaratorias—, sino que se nos hace justicia cuando se nos llama reaccionarios a propósito, por ejemplo, de la represión de sucesos como los de la semana sangrienta de Barcelona. Cuando la acción en este orden llamado *político* es criminalmente brutal; cuando la acción reviste la crueldad y villanía del asesinato, del incendio y de la violación, entonces la reacción por ley ineludible

de la mecánica social tiene que venir enérgica, vigorosa y avasalladora. Y el Gobierno que ante aquellos sucesos vandálicos hubiese permanecido cruzado de brazos o hubiese tratado de atenuar culpas y de dulcificar castigos a pretexto de no ser tachado de reaccionario, no hubiera sido un Gobierno liberal, sino un Gobierno de eunucos.

La libertad no está reñida con el mantenimiento del orden y el castigo del culpable con arreglo a las leyes; la libertad desciende a ser libertinaje anárquico cuando con pretexto de la pacificación de los espíritus (de los espíritus de los criminales, por supuesto) se alarma la conciencia honrada de los ciudadanos dignos con indultos, excarcelaciones y benevolencias hacia gentes que vivieron durante varios días entregadas al robo, al asesinato y al pillaje.

Hay que leer lo que ocurrió en aquellos tristes días en Barcelona, no en *El País*, ni en *España Nueva*, ni siquiera en *Heraldo*, *El Imparcial* y *El Liberal*; hay que penetrarse bien del carácter criminal de aquellos sucesos para convenir en que su represión por parte del Gobierno y de los dignísimos Tribunales militares que en ella intervinieron si de algo pecó fué de benévola y considerada.

Para juzgar de su alcance nos basta a nosotros

leer la protesta que formuló el Ayuntamiento de Barcelona, con la sola excepción de los republicanos radicales, en la sesión del 3 de agosto de 1909:

Los concejales que suscriben tienen el honor de proponer al Ayuntamiento se sirva tomar los siguientes acuerdos:

1.º Que el Ayuntamiento de Barcelona, en nombre de la ciudad y en el de la conciencia humana, protesta de los actos de vandalismo que durante la semana próxima pasada han tenido lugar en ella, como son *incendios, devastaciones, estragos, pillajes, sacrilegios, profanaciones de sepulturas y cadáveres, mutilaciones, etc., etc.*, y declara ante Cataluña, ante España y ante el mundo que estos crímenes sólo se han podido cometer mediante circunstancias a que es ajena la ciudad y por turbas envilecidas que, si por acaso en ella residen, no tienen comunión espiritual con sus ciudadanos, por tradición gloriosa singularmente celosos del buen nombre y de la cultura de la ciudad, amantes de todos los progresos y mejoramientos dentro del orden y el respeto de la personalidad humana y de los derechos y atributos que la naturaleza y las leyes confieren.»

. . . .

*

No es, pues, Maura ni clerical ni reaccionario en el sentido que dan a esta palabra sus adversarios políticos, los liberales de todas las castas y matices.

Veamos ahora si no es tan liberal o más que muchos de los que pregonan la exclusiva de esta mercancía en el comercio de la política española.

El liberalismo de un partido de gobierno se demuestra en las ideas, en las doctrinas que mantiene y en la realidad, en el modo de gobernar, en la teoría y en la práctica.

En teoría Maura—digan lo que quieran esos que sólo le conocen por referencias de los periódicos del *trust*—es entusiasta liberal, defensor de los principios fundamentales del liberalismo, la soberanía nacional y la emisión libre del pensamiento. Y como para muestra basta un botón, he aquí lo que decía en el Congreso el día 4 de febrero de 1904: «... porque para mí el derecho público no es católico ni protestante, porque para mí dentro de las leyes no cabe semejante distinción.» «... Porque he sostenido muchas veces, y no lo he oído contradecir con demostraciones, que en España sería utópico pensar, fuera de la pura especulación, razonando en el orden político, en la existencia de instituciones políticas, que no estri-

ben en el sufragio popular y en los procedimientos electorales.»

Pero ¿a qué recurrimos a documentos antiguos? ¿Para qué sacar a cuento pruebas escritas del liberalismo de Maura si todos sus discursos están rebosando amor a la libertad, lo mismo los de antaño que los de hogaño? ¿Se quiere más prueba que el ya famoso párrafo del no menos famoso discurso del Senado? «...porque con igual derecho que nosotros, otros españoles pueden creer en su conciencia y en su patriotismo salvador de cualquier programa, cualquier bandera por radicales que sean sus lemas...»

....

Vamos a ver ahora cómo en la realidad—pues la política no vive sólo de ideas—Maura ha gobernado, no sólo *asomado a Europa*, sino con más aciertos de gobernante liberal que el propio Moret y que otros liberales de esos que creen serlo porque cantan el himno de Riego a todas horas y en todos los tonos y se meten con los curas.

Y puesto que una cosa es predicar y otra muy distinta dar trigo, vamos a ver cómo—vociferen lo que quieran Moret, Romanones y demás—ellos no han intentado siquiera, desde el Poder, reformas tan liberales como las que Maura ha llevado

a la práctica, o por lo menos ha pretendido implantar.

Por de pronto, de treinta y tres meses de Poder, Maura ha vivido veintidós con las Cortes abiertas, cosa que supone su amor y respeto al régimen parlamentario y su deseo de hacer las cosas con *luz* y *taquígrafos*, ¿pueden decir los liberales otro tanto? Claro es, que no estarán en el Poder el tiempo que han estado los conservadores—puesto que ellos mismos tratarán de destrozarse mutuamente—; pero aun en la debida proporción, ¿a qué no gobiernan tanto tiempo en el Parlamento? Todo esto concediéndoles la comparación con el porvenir, pues no queremos ser tan crueles que saquemos aquí a colación su pasado, ni que pretendamos recordar aquellos tiempos en que cada día que amanecía, amanecía también un nuevo ministerio.

Durante este tiempo, a pesar de que las *oposiciones liberales han hecho todo lo posible por anular la iniciativa liberal de Maura*, se ha votado en las Cortes la nueva ley Electoral, que no sólo quita de manos de los caciques los resortes principales de la elección con la nueva constitución de las Juntas del Censo, sino que establece de un modo franco y valiente la obligación de votar, medida la

más democrática que se ha tomado por nuestros legisladores desde los tiempos del sufragio universal y del Jurado.

En este tiempo se ha promulgado también la ley de Reorganización y procedimientos de la justicia municipal, que separa de la política el nombramiento de jueces y fiscales municipales, en tal forma, que se hace por las Salas de Gobierno de las Audiencias territoriales con asistencia de los decanos de los Colegios de Abogados y Notarios.

En este tiempo no se promulgó por culpa de los oposicionistas sistemáticos, pero se votó en el Congreso la famosa ley de Administración local que, según afirma Azcárate, «en la forma que ha quedado redactada por la Comisión, es la más liberal y democrática de Europa». (Discurso en la Asamblea republicana, 24 mayo 1908.)

¿Y la desgravación de los vinos es medida reaccionaria? ¿Y las leyes creando los Consejos de Conciliación, los Tribunales industriales y el Instituto Nacional de Previsión? ¿Y los proyectos regulando el contrato de trabajo y estableciendo el salario mínimo? ¡Ah, socialistas españoles, qué mal cuidáis de vuestros intereses obcecados por vuestro sectarismo en materia religiosa! Ayudáis al in-

dividualista Moret y os revolvéis contra el *socialista* partido conservador, donde sólo habéis encontrado eco a las demandas, que aunque partían de vuestro campo, nosotros hemos considerado justas, sin mirar de dónde venían. Preguntad a Moret si cuenta entre sus amigos a un hombre como Dato, que sólo por ser el autor de la ley de Accidentes del trabajo debiera merecer vuestra más rendida consideración.

Pero y el proyecto de ley sobre el servicio militar obligatorio ¿es también reaccionario?

Dejemos de hacer relación de las disposiciones legales de carácter liberal, promulgadas o iniciadas en tiempo de Maura, para oir a un adversario suyo, y si después de escucharle hay todavía alguien que se atreva a tildar a Maura de clerical y reaccionario, podremos decir de él rotundamente o que no discurre con acierto por tener el entendimiento en *perpetua vacación* o que es un redomado *maurófobo* de esos que escriben en *España Nueva*, *El País*, etc., etc.

Decía Canalejas en un discurso que pronunció en Pontevedra el día 13 de agosto de 1907: «Mis radicalismos de antaño, que tanto asustaron a algunos, se reflejan hoy en las obras del partido conservador».

¿Queda demostrado que Maura, no sólo no es clerical ni reaccionario, sino mucho más liberal que Moret, no en las palabras, que se las lleva el viento, sino en los hechos que perduran a través de la Historia?

CAPÍTULO V

Las esencias constitucionales.

Tres edades culminantes—hemos escrito en otra ocasión—podemos señalar en la vida política de la Humanidad: la edad de la esclavitud, la edad del absolutismo y la edad de la libertad.

La esclavitud obedeció en sus tiempos a necesidades de la vida, cuando el cultivo de los campos no podía subdividirse en parcelas familiares y cuando el pueblo vencedor se veía obligado a imponer al vencido el yugo de su poder para que no le disputase el botín de sus conquistas. El absolutismo, a su vez, en medio de sus errores, respondió también a exigencias sociales de su tiempo, y cuenta entre sus éxitos la constitución y consolidación de las nacionalidades. El régimen de libertad en que hoy vive el mundo civilizado ha marcado nuevos rumbos en la vida de los pueblos, ha abierto nuevos horizontes a la actividad humana

en múltiples manifestaciones de su poderío y de su pujanza.

La esclavitud supone la desigualdad esencial en la condición de hombre; el absolutismo la desigualdad esencial entre el súbdito y el rey; la libertad significa la igualdad social de hombre y ciudadano; más claro, supone el derecho de ciudadanía como inherente a la condición de hombre.

Del esclavo al señor hay diferencia sustancial y esencial; del súbdito al rey media un abismo en el régimen absoluto. En la era de la libertad el jefe del Estado no es más que un ciudadano esclarecido que ocupa el trono o sillón presidencial por herencia o por elección, pero siempre por la voluntad del pueblo.

La edad de la esclavitud acabó para siempre en los pueblos civilizados con la doctrina redentora de Cristo; la edad del absolutismo terminó ya también por una imponente revolución la más grande y trascendental que haya conocido la Historia. Hoy viven todos los pueblos cultos en el régimen de la soberanía popular.

España ha sufrido a través de la Historia esta transformación radical, definitiva en su modo de ser político, y al absolutismo de los tiempos medioevales (que en este punto llegan hasta la revo-

lución francesa) ha sucedido el régimen constitucional, que tiene su raíz y fundamento en aquella soberanía.

No tratando de escribir nosotros una obra histórica, no vamos a analizar las vicisitudes políticas ocurridas en nuestra Patria hasta la Constitución que hoy nos rige y sólo nos interesa dejar sentado que el reinado de la libertad—que ha encarnado ya en la medula política del pueblo español—se halla asegurado para el porvenir.

Pero dentro del modo de ser liberal hay dos formas de gobierno que discuten hoy en España el triunfo de sus ideales: la Monarquía y la República. En el terreno especulativo se han roto muchas lanzas en pro de una y otra, y en el terreno de la realidad no cabe desconocer el brío y ahinco con que sus partidarios las defienden en la Prensa y en el Parlamento.

Hoy por hoy—y seguramente en mucho tiempo—no hay que pensar siquiera en el advenimiento de la República en España, pues sus mayores enemigos son los mismos republicanos, cuyos jefes no se pueden ver unos a otros, y cuyos hombres, salvo Azcárate y alguno más, no inspiran confianza al país. Podrán aparecer imponentes en las elecciones de alguna capital; tendrán en jaque

alguna vez al Poder público en motines, algaradas y hasta intentonas de revolución, pero en definitiva ni el Ejército ni el país consentirían su triunfo, muy problemático en el caso más favorable que se le pudiera presentar.

Descartada, pues, la regresión al absolutismo por falta de ambiente de su legítimo representante, el carlismo, y muy lejano en la realidad—no se puede prever el porvenir a largo plazo—del advenimiento de la República, el estado de derecho político en España es el reinado del esclarecido monarca Don Alfonso XIII con la Constitución irreformable de 30 de junio de 1876, en la cual se reconocen hoy al ciudadado español todos esos derechos consagrados por el liberalismo y que se titulan inviolabilidad de domicilio, de la correspondencia, de profesión de cualquier religión, de fundación y sostenimiento de establecimientos de enseñanza, de emisión libre del pensamiento, de reunión, asociación, petición, etc., etc.

*

Gobiernan hoy en España con el régimen vigente dos partidos: el conservador y el liberal. Dicho queda que ambos tienen muchos puntos de coin-

cidencia, pues según frase feliz de Maura, le son comunes las esencias constitucionales; pero, sin embargo, en el terreno de los principios debe haber distinción real entre los programas que debe defender cada partido.

El partido conservador que parte del supuesto de que es imposible el retroceso en la Historia hacia tiemp os e instituciones que fueron; tiene por misión el conservar las ideas y doctrinas políticas que, hallándose ya encarnadas en la Constitución y las leyes, las reputa *suficientemente* liberales para el régimen y gobierno de la Nación. El partido liberal, por el contrario—y aunque no por sistema—, está obligado a buscar la reforma de la legislación en sentido progresivo si cree que alguna ley o disposición de carácter político se va anticuando o cayendo en desuso. Y decimos no por sistema, porque no consiste ser liberal en el afán de sacar las cosas de quicio y en el empeño de transformarlo todo en un momento. Las reformas deben ser muy meditadas y solicitadas por la verdadera opinión pública, no por cualquier primate que de ellas haga bandera o por cualquier periódico que en su defensa realice una campaña.

Lo dicho no quiere decir que al partido conservador le estén vedadas las iniciativas en el or-

den puramente político—claro es que en otros órdenes nadie lo pone en duda—, sino que es más natural, más propio del régimen, que lo nuevo venga del campo liberal. Pero cuando sucede lo que en la vida política actual de España, que los liberales no tienen ideas, ni iniciativas, ni proyectos, ni siquiera el más mínimo programa efectivo de gobierno, se ve obligado el partido conservador a tapar agujeros y a llenar vacíos que en la legislación hace el transcurso del tiempo. Nosotros no lo negamos, acaso vayamos más allá de donde debiéramos ir, pero téngase en cuenta para juzgarnos que la progresiva vida moderna no admite dilación en muchas cosas y que ya que los liberales no gobiernan, tenemos que gobernar nosotros por ambos partidos.

Canalejas se dolía de esto mismo en un discurso que pronunció en el Congreso el día 26 de marzo de 1909. «Los partidos liberales—decía—son los partidos de las iniciativas, como los conservadores son la ratificación, la consolidación y el contrapeso de la obra de los liberales. Aquí por deficiencias de los liberales y por absorción del partido conservador se está realizando la obra inversa. El partido liberal o trata de buscar orientaciones socialistas que dilaten sus fronteras o no será más

que un sucedáneo del partido conservador, para los días de descanso y holgura.»

Y es que en España desde que murió Sagasta no hay partido liberal. Para los liberales del día no hay más que un problema que resolver en España, el problema religioso, y todo su programa se reduce a eso, a formar un apuntamiento de las cosas que hay que hacer en ese sentido. En otro orden de cosas, en otra esfera de acción, no se conoce una iniciativa al partido liberal como no sea la tan celebrada política hidráulica de Gasset, que toman a broma hasta sus correligionarios.

Forzoso es confesar, sin embargo, que el partido liberal tiene en este asunto una atenuante a su favor y es que es muy español, muy fanático: nos hemos pasado todo el siglo XIX en España, y llevamos traza de seguir así en el XX, discutiendo si el liberalismo es pecado o cosa buena; si fulano es clerical o anticlerical; si zutano es reaccionario o demagogo, y llamándonos unos a otros neos, ultramontanos o herejes y masones, hemos reducido el campo de la política a las eternas disputas sobre cuestiones acerca de las cuales ya nadie discute en Europa. Y no hay que darle vueltas, mientras sigamos así, mientras no alejemos unos y otros, tirios y troyanos, la religión de

la política, no adelantaremos un paso en el camino del progreso y regeneración de nuestra Patria.

Maura, sin embargo—ningún espíritu imparcial lo negará—, ha sido el primer político español que ha tratado de soslayar siempre estas cuestiones, buscando en campos neutrales a la religión sus iniciativas y sus proyectos, y tratando de huir como de la peste de suscitar y renovar estas cosas que ya no pueden ser bandera por sí solas de ningún partido que aspire a gobernar.

Por otra parte, los liberales españoles están tan anticuados, que discurren todavía como aquellos progresistas de antaño, y digan lo que quieran de Maura, ellos son los que no se han asomado todavía a Europa, para airear su partido con brisas de fuera. Ni en el orden social ni en el económico, que son los órdenes más importantes de la vida pública, tienen una idea ni una solución: todo lo bueno hecho en España en estos últimos tiempos en las cuestiones de Hacienda, se debe a Villaverde y a su discípulo Besada; las reformas y soluciones del problema social, a Dato y a La Cierva.

De Canalejas, aparte sus ansias anticlericales, no recordamos otra cosa que aquello de los latifundios; de Romanones la célebre Real orden sobre

el matrimonio civil, y de Montero sólo se sabe... *que se abriga mucho este invierno.*

Pero ¿qué ideas ni qué programa va a madurar el partido liberal si no tiene tiempo para ocuparse de estas pequeñeces? Por un lado Romanones con los suyos, por otro Montero, por otro Canalejas, todos discutiendo si a fulano ha dado Moret más gobernadores que a zutano; si *El Imparcial* tiene muchas pretensiones, si a *Heraldo* le debe bastar con la Dirección de Correos, si el *trust* está o no bien servido, si Moret ha prometido hacer gobernador a perencejo en la primera combinación, si la provincia A o B se arregla a gusto de aquél o de éste... ¡Bastante tiene Moret con zurcir voluntades, con limar asperezas y con ir viviendo a trancas y barrancas de cualquier modo!

De lo dicho resulta que, como los liberales no tenían programa, aunque sí tenían verdadera obsesión por el Poder, el día en que abrió las Cortes últimamente el partido conservador acudieron para alcanzarle a procedimientos que siempre hubiera rehuído Sagasta—de mejor complexión política que Moret—, pues hubiera previsto que el Poder en aquellas condiciones antes de codiciable era para rechazarse. Procedimientos que inspiraron a Maura aquel memorable párrafo del discurso en el Senado:

«Las minorías liberal y democrática dijeron que rompían toda relación parlamentaria con el Gobierno y se colocaban en la consabida actitud; pero yo he de añadir que no es eso sólo lo que rompieron, porque rompieron el supuesto esencial de todas las relaciones que durante largos años habían existido entre ellos y nosotros y desmintieron el supuesto de toda nuestra política, de que nos eran comunes las esencias constitucionales; bien entendido que en todo esto que ha pasado no ha intervenido para nada la característica respectiva del partido conservador, del partido liberal o del partido democrático. No hemos ventilado una sola cuestión de las que nos separan, no ha habido ni asomo de contienda sobre cosa en que podamos diferenciarnos por ser ellos liberales y demócratas y nosotros conservadores. De modo que ni su significación en la política ni la nuestra han intervenido para nada en este litigio; han estado totalmente ausentes en este litigio. Y si no hemos sido lastimados en nuestras ideas y si no hemos sentido la contradicción de las suyas respecto de las nuestras, ¿qué nos ha pasado? Que hemos sentido en nuestra conciencia lastimadas y pisoteadas cosas que están antes y por encima de nuestras concien-

cias, y nosotros mismos creemos que esto mismo le pasa a la Nación entera.»

*

Dos son para nosotros las fundamentales, las *esenciales*, esencias constitucionales que todos los hombres que gobiernan ahora tienen obligación de guardar y defender: la Monarquía y la libertad. La Monarquía, de las furias radicales que a todo trance tratan de derrocarla, y la libertad, de los fanáticos de la derecha que todavía no se avienen a vivir en el ambiente que se respira ya en todos los países cultos.

Acabamos de decir que nada tememos en España de los partidos de la extrema derecha; arrinconados por la civilización, existen sólo en estado de momia representando un pasado de valor innegable en la Historia, pero sin alientos para resurgir a la beligerancia de la nueva vida. No somos tan optimistas en cuanto al estado de vigor y pujanza de los enemigos que a la Monarquía le vienen por la izquierda. Sería infantil negar que existe un número crecido de españoles, algunos de buena fe, entre otros que no la tienen tanta, que laboran por el triunfo de la República y por algo más que el triunfo de la República.

No peligrando, pues, la libertad, pero atacada la Monarquía, señaladamente en su simbolismo, los políticos monárquicos que no acudan en su defensa con verdadero celo sin titubeos de ningún género, sin complacencias con los adversarios del trono, no ocupan el puesto de honor que deben ocupar en el campo de batalla. Hoy el enemigo —sobre todo con sus discordias intestinas—puede ser fácilmente vencido, pero los monárquicos no tienen perdón de Dios si no se aperciben a la pelea para el porvenir.

De esto se duele Maura en su discurso y se duele más porque conociendo perfectamente el patriotismo de Moret, no puede ver con calma que de él (de Maura) se separe en la defensa de los supuestos constitucionales para hacer amistades con aquellos que sólo necesitan la pantalla del partido liberal, para tras de ella dedicarse a sus anchas a toda clase de maquinaciones contra el régimen.

El partido conservador y el partido liberal son monárquicos antes que nada y su esencia y su vida y la razón misma de su existencia está en la Constitución; por eso lo primero que tienen que defender es la Monarquía, que en buena doctrina constitucional, y para quien de corazón es monárqui-

co, es el símbolo de la Patria, de la religión, del Ejército y del orden social.

Claro que esto no quiere decir que con la República no pueda haber Patria, religión, Ejército, etc., etc.; nosotros, que ya hemos dicho que respetamos todas las ideas, no vamos a arrogarnos el monopolio de todo lo bueno para apuntar todo lo malo en la cuenta del adversario; lo que nosotros decimos es que, con igual derecho que los republicanos creen que la Monarquía es nociva para el bienestar de la nación española, nosotros pensamos que la República, hoy por hoy, y con los hombres que cuenta, sería el mayor mal que pudiera sobrevenir a España, y por ello, monárquicos sinceros los conservadores, nos aprestamos a la defensa del Rey Don Alfonso con todas nuestras fuerzas y con todos nuestros arrestos, haciendo constar muy alto, para que todos lo oigan, que si no nos ayudan en la empresa quienes deben ayudarnos, lucharemos solos, aun a trueque de que en la contienda dejemos «los trozos de nuestra piel y los pedazos de nuestra carne».

CAPÍTULO VI

Los partidos intermedios.

¿Crees tú, lector imparcial, que si a un español cualquiera, discreto y patriota y que no esté contaminado con ninguno de los fanatismos de la derecha o de la izquierda, se le obliga a escoger un gobernante para España de entre todos los políticos que hoy existen, se acordara de Alejandro Lerroux? ¿Piensas, por el contrario, que el preferido sería Manuel Senante, jefe del integrismo?

Fijémonos en cualquier hombre de reconocido talento, en cualquier hombre de esos de mérito indiscutible en la ciencia, en el arte o en cualquier otra manifestación de la actividad humana; fijémonos, por ejemplo, en Cajal o en Menéndez y Pelayo... ¿crees tú, lector, que estos grandes hombres en su conciencia, pensando sólo en el bien de su Patria, en su prosperidad, en su engrandecimiento, pudieran elegir al jefe de la demagogia o

al adalid de la inquisición? No lo piensas ni por un momento: pues he ahí la causa eficiente de la existencia de los partidos intermedios.

Los radicalismos blancos o rojos, podrán encarnar a veces románticas ideas, anhelos de noble y levantada aspiración (otras veces sirven las más negras concupiscencias), pero no pueden concretarse en una solución de gobierno, pues el gobierno es adaptación a la vida, realidad, no poesía ni romanticismo.

Algunas veces hemos oído decir que en España no hay más que dos partidos que tengan ideas, el carlista y el republicano, deduciendo de ello que todos los que militamos en los partidos intermedios (conservador y liberal) anteponemos a los ideales otros estímulos menos nobles.

Esta afirmación no nos molesta porque no puede hacerla sino un analfabeto de la política, o un heredero de aquellos redactores de *El País*, que hace años gastaban melenas y escribían odas a la República. Porque aunque entre nosotros haya vividores, como los hay en todos los partidos, también contamos con hombres de ideas, aunque no tan radicales, sí tan *ideas* como puedan serlo las del más pintado intelectual, la del más soñador a lo Maeztu, que sale ahora de *La Corresponden-*

cia y se va al *Heraldo* a decir que el partido conservador no es espiritualista ni idealista, sino un materialista de tomo y lomo.

Y como Maeztu, que desde *Heraldo de Madrid* labora por las izquierdas, es hombre que vale y hace prosélitos, ha transmitido sus idealismos al periódico liberal-socialista titulado *La Mañana* que escribe en uno de sus primeros números el siguiente párrafo, entre otros, de un artículo de fondo: «El idealismo rebasa los bordes del propio interés personal, abarca el interés de todo un pueblo, la línea de su horizonte toca los últimos extremos de la Humanidad presente, y por encima del límite visual se asoma interesándose también por la Humanidad futura. El materialismo es un sentimiento puramente individual, no le importa el sacrificio de un pueblo a los intereses de una casta, tiene por fondo ideológico la teoría de que todo esfuerzo debe fructificar solamente en provecho de uno mismo, concluir en las fronteras del yo. El partido conservador es inespirituable. Su centro nervioso, lo que pudiéramos llamar, el sistema nervioso central del partido conservador, consiste en una idea evidentemente materialista, la de defender el orden de todo lo establecido, no porque sea el mejor de losórdenes, sino porque es

el orden que más conviene a los que dentro de él disfrutan del mando y de la riqueza».

¡Pero qué cosas escriben estos intelectuales! Presentan el concepto espiritualista, idealista como el dechado de todo lo bueno; achacan al materialismo todo lo malo y concluyen afirmando bajo su palabra que el partido conservador es materialista. Es lo mismo que si definiendo lo abstracto como lo mejor y lo concreto como lo peor, dijeran a renglón seguido que, por supuesto, el partido conservador era concreto o, si diputando por excelente lo blanco, no hubiera duda para ellos de que el partido conservador era negro.

No, señores intelectuales: esos conceptos de la filosofía, de la ciencia, del arte están mal aplicados por ustedes a la política. Idealista en política será siempre el que, esclavo de sus ideas, ponga más cuidado en defenderlas y sustentarlas que en darlas formas tangibles en la realidad vivida, y materialista, por el contrario, el que, importándole poco las ideas, trate a todo trance de estar en el Poder, aunque sea con vilipendio.

De este mismo modo, y por lógica consecuencia, sólo podrá tildarse de materialista al partido en que la ambición de mando sea lo esencial y las ideas lo accidental, siendo, por consiguiente, apli-

cable este concepto de materialista, no al partido conservador, sino al liberal, uno de cuyos órganos es *Heraldo de Madrid*, precisamente el periódico donde escribe Maeztu estas cosas.

¿Conque el partido conservador defiende el orden de todo lo establecido, no porque sea el mejor de los órdenes, sino porque es el orden que más conviene a los que dentro de él disfrutan del mando y de las riquezas? No digan esto, ¡oh, intelectuales!, porque los conservadores les vamos a devolver la pelota, y en virtud de nuestro derecho y de la lógica de ustedes vamos a creer que si nos atacan es precisamente porque nuestro orden no les conviene, porque quieren otro orden dentro del cual sean ustedes y no nosotros los que disfruten de la riqueza y el mando. Y si es así, ¿dónde quedan sus espiritualismos, sus idealismos?

En política, como en otras manifestaciones de la actividad humana, puede afirmarse que en el justo medio está la verdad. Los teorizantes, los románticos sueñan con naciones florecientes de ciudades bellas, de gobiernos que proveen todas las necesidades con paternal solicitud, de ciudadanos que se respetan mutuamente en sus derechos; donde no hacen falta leyes represivas, ni Código molestos, ni ordenanzas impertinentes; donde no hay

policía, ni guardia civil, ni gobernadores, ni ministros... pero los sueños quedan en fantasía, porque la vida es prosa, mucha prosa, y el anarquismo teorizante con su ideal del bienestar absoluto para la Humanidad la mayor utopía.

Los hombres somos hombres, con virtudes, vicios, apetitos y pasiones, y el Poder público siempre, esté en manos de quien esté, se conduce poco más o menos del mismo modo, manden los de la izquierda o los de la derecha. Por eso los ideales en política que no sirvan para adaptarse al medio ambiente, los espiritualismos por delicados que sean, que no puedan traducirse a la práctica, son ilusiones, lucubraciones, fantasías, todo menos regla de conducta, modo de gobernar.

Los partidos intermedios son los únicos que tienen soluciones prácticas, son los únicos que se ajustan al medio ambiente, y si por un imposible se entregara en un momento dado el Poder público a un radical, por ejemplo, a Lerroux, gobernaría en conservador, poco más o menos como Maura, ¡qué decimos! de modo *menos liberal* que Maura.

Las alharacas, los programas deslumbrantes, las promesas redentoras, los halagos a la plebe y toda clase de panaceas para el día del Poder sólo sirven de señuelo para cazar incautos.

La esencial condición de toda idea política es la de su viabilidad.

*

¿Pero es que los que militamos en los partidos intermedios lo hacemos por ambición, por provecho propio, por egoísmo, y los intelectuales de los periódicos, los que figuran en los partidos extremos, batallan en las luchas de la vida política sólo por altruísmo?

Digamos algo de esto: en primer lugar es evidente que los puestos de la vida pública sujetos a elección popular están al alcance de todos, y así hay diputados a Cortes, provinciales y concejales de las diversas significaciones políticas que existen en España; es más, en algunas poblaciones, en bastantes, es mucho más fácil ser, por ejemplo, concejal siendo republicano que siendo conservador o liberal, por lo cual uno que tenga empeño en serlo no se hace monárquico, sino partidario de la República. Y ya apuntamos un caso donde el momio es para el *altruísta.*

Otras veces ocurre que en esa misma población, o en otra análoga donde tienen fuerza los carlistas o los republicanos, eligen diputado a Cortes a un señor que ni es tonto ni listo, sino sencillamente una medianía; pues bien, si esa medianía pertene-

ciera a un partido de gobierno, no diría esta boca es mía en el Congreso y reduciría su vida pública a recomendar algún peatón para su distrito o a hacer cualquier otro favorcillo de esta cuantía a sus electores; pero este señor medianía es carlista o republicano, y su personalidad, sólo por el mero hecho de ser de la oposición no gubernamental, adquiere todo el relieve que es dable, dada su poquedad en la vida pública, y con cuatro palabras que diga de vez en cuando y con alguna que otra interrupción y con un par de gritos de ¡viva la República! o ¡viva D. Jaime! en los días de alboroto, hablan de él los periódicos y se sabe su nombre y apellido en media España.

Y no digamos nada de este diputado si en lugar de medianía es hombre de algún talento, porque entonces su nombre corre de boca en boca, sus discursos son *hermosas oraciones parlamentarias*, su bufete es uno de los mejores, etc., etc. Sí, señores intelectuales, un hombre de alguna valía se hace camino mucho más fácilmente en el campo republicano, por ejemplo, que en el monárquico; y esta es otra ventajilla del *altruísmo.* No hablemos de si el diputado, aunque sea tonto de remate, es periodista y manda el partido liberal, porque entonces todo lo que se diga será pálido ante

la realidad, pues entrará en los Ministerios como en su casa, y tendrá credenciales y otras gangas para todos sus parientes y amigos.

Si el diputado carlista o republicano llega a llamarse Mella, Lloréns, Melquiades Alvarez, Azcárate, etc., etc., entonces... entonces es muchísimo mejor ser diputado carlista o republicano que presidente del Consejo de Ministros; distrito respetado sin oposición, elección por consiguiente de balde o muy barata; se habla en el Congreso el día que se quiere, a la hora que conviene y de lo que a uno le parece; la Cámara escucha el discurso con religioso silencio, la Cámara lo celebra mucho; la Cámara en pleno felicita al orador... ocurre alguna cuestión parlamentaria, se le consulta, se le oye y en definitiva se hace en muchas cosas lo que quiere Melquiades Alvarez o lo que indica Mella. ¿Se quiere más?, pues aun hay más; estas primeras figuras de la oposición antidinástica sólo pueden compararse a los periodistas en tiempo de los liberales en la cuestión de recibir mercedes *burocráticas;* no tienen más que abrir la boca y los ministros se desviven por complacerles...

¿Será todo altruísmo en los partidos extremos y todo egoísmo en los partidos gubernamentales?

CAPÍTULO VII

El bloque de las izquierdas.

Ya hemos hablado bastante del partido liberal. Digamos algo ahora de lo que son los demás partidos y elementos que bajo el título de *bloque* de las izquierdas ayudaron a Moret a subir al Poder y aun puede decirse que comparten por ahora con él el gobierno de España. Y no decimos esto del compartimiento a humo de pajas; los republicanos y socialistas, por lo menos están tan satisfechos con el triunfo de Moret que puede decirse que le consideran como propio.

Nosotros no creíamos en el vigor de la masonería internacional; pensábamos que hoy que hay libertad para todo, las logias estaban muriendo por consunción; pero la unión de todos los elementos avanzados de España, *estimulada por iniciativas extranjeras* para derribar a Maura a todo trance, por todos los medios y a costa de lo que

fuere, nos ha dado pruebas dolorosas de su vitalidad.

Ya hemos visto las confianzas de Lerroux a corto plazo; pública y notoria es la satisfacción de Sol y Ortega por los sucesos actuales; todos recordamos palabras recientes de Soriano en Valencia: Pablo Iglesias, que está como niño con zapatos nuevos, no oculta su regocijo... y hasta Soledad Villafranca concibe planes y abriga esperanzas para un porvenir próximo... todos, absolutamente todos los enemigos del trono y de otros cosas se felicitan y se congratulan; desapareció del Gobierno el estorbo, el inaguantable estorbo... la revolución (para ellos) viene a pasos agigantados.

*

En el terreno filosófico, la República es forma de gobierno acaso más perfecta que la Monarquía; pero como la vida no es filosofía, sino concreción de hechos, pensamos nosotros que tal como están hoy las cosas, el advenimiento de la Repúblióa en España sería la absoluta ruina nacional.

No se puede prescindir—soñando en ideales—de los hombres que habían de gobernarnos con la República, y ciego ha de ser quien no vea las luchas intestinas que dividen hoy a los republicanos.

Algunos creen que porque vayan juntos a las elecciones—en los mítines se separan—es un hecho su unión para todo; no, afortunadamente esto no es cierto; cuando luchan contra Maura, su enemigo común, aparecen compactos y unidos; pero en cuanto tienen que ventilar cualquier cuestión entre ellos, cada uno marcha por su lado...

En el campo monárquico hay dos partidos mejores o peores (ya hemos dicho que para nosotros el partido liberal es pésimo), pero al fin y al cabo tienen su disciplina, sus jerarquías, sus jefes, son algo vivo, real, con la unidad y variedad indispensables para realizar una obra de gobierno.

Pero supongamos por un momento que se tratase de implantar en España la República; ¿quién iba a gobernar? ¿Lerroux con sus radicales? ¿Soriano, enemigo personal de Lerroux, con los suyos? ¿Esquerdo con los progresistas? ¿El hijo de Pi y Margall con los federales? ¿La titulada Unión Republicana, que dcsde la muerte de Salmerón se *desune* por momentos? ¿Sol y Ortega? ¿Galdós? ¿Alvarez? ¿Azcárate?

Porque así están las cosas en el partido republicano; hay una docena de personajes que no se pueden ver unos a otros y que, por consiguiente, no se reconocen diversa jerarquía ni jefatura.

Melquiades Alvarez, el más conservador de los primates—puesta en entredicho su sinceridad republicana por los que creen que puede llegar a ser ministro de Moret—, no tiene partido, y sin partido y sin ambiente en la opinión no se puede gobernar, aunque se tenga un magnífico bufete.

Lo mismo, a excepción de lo del bufete, sucede a Azcárate, el hombre más austero e intachable de la República.

Sol y Ortega tuvo un día relativa popularidad, aquel día en que al frente de una manifestación contra «la moralidad de la plutocracia conservadora», recogió en ella a todos los molestados por las saludables medidas de La Cierva; pero los prestamistas, revendedores, taberneros, etc., etc., pasado aquel día no se han vuelto a acordar de Sol y Ortega, y hoy puede decirse que en España no hay nadie que se titule *solista* u *orteguista*...

Esquerdo es una antigüedad venerable; su única misión como político se reduce a depositar todos los años una corona de siemprevivas en el panteón de Ruiz Zorrilla, en Burgos.

Pi y Arsuaga comprende en su discreción que no puede aproximarse ni a cien leguas al prestigio de su padre Pi y Margall, uno de los muertos más

respetables de la política española. Además, el federalismo descentralizador, en su esencia, ha sido absorbido hoy por las tendencias regionalistas; ya no puede servir de bandera a un histórico partido político.

El tan llevado y traído Galdós es, políticamente, un desgraciado; sólo cuando las rivalidades entre Soriano y Lerroux se exacerban se acuerda el diputado por Valencia de ponerle por pantalla, haciéndole concebir infantiles esperanzas de jefatura.

Galdós, que era una gloria nacional indiscutible a quien todos venerábamos, ha dejado un campo donde sólo recogía flores para dedicarse con ansias de adolescente al cultivo de las más punzantes espinas.

Un hombre que no sabe decir dos palabras seguidas no puede ir en política a ninguna parte; tiene que hacer el ridículo en cuantas ocasiones se le presenten, y se le presentan muchas. ¿Y no es una lástima muy grande que el autor de *Episodios nacionales*, el novelista excelso, el escritor mundial, haga reir a toda España—créanos D. Benito, hasta sus íntimos le toman el pelo—cuando envía una cartita a un banquete o un mitin o cuando en sus mismas barbas la leen Romero o Arjona?

De Soriano se dice que tenía antes mucha más fuerza en Valencia que ahora; pero sea así o no sea, es el caso que cuenta allí con un compacto y nutrido grupo de amigos que le siguen y le seguirán hasta la muerte; en cambio, en el resto de España no se encuentra un sorianista por un ojo de la cara.

Lerroux es, a nuestro juicio—ya lo dejamos indicado—, el hombre más temible de la República. Es cosa verdaderamente extraordinaria que en Barcelona un forastero haya sugestionado en poco tiempo a las masas republicanas de tal manera que hoy las maneja a su antojo, llevándolas a donde quiere, lo mismo a las urnas que a la revolución, si se le consiente. Sin embargo, y a pesar de que su nombre es el más popular entre los republicanos españoles, creemos que por sus acentuados radicalismos, por los odios y recelos que despierta su nombre entre algunos correligionarios y por otras cosas no logrará nunca ver realizadas sus ambiciones de una jefatura única e indiscutible.

*

Otro componente de la conjunción de las izquierdas es el partido socialista o, mejor dicho, Pablo Iglesias con los socialistas de Madrid y al-

gunas otras poblaciones. Y decimos esto porque en algunas provincias no se han unido los socialistas con los republicanos en las últimas elecciones municipales, y es público y notorio que en general reina el descontento en este partido por la nueva actitud de Pablo Iglesias.

El socialismo clásico nunca ha querido componendas con los burgueses, sean monárquicos o republicanos, siendo su consigna la *implacable hostilidad* a esta burguesía, sin distinción de castas y matices. Su anhelo inmediato de siempre ha sido el mejoramiento de la clase obrera y su ideal para el porvenir la concentración en manos del Estado de todos los medios de producción.

Por eso el partido socialista no ha sido considerado hasta ahora en España como un partido de beligerancia política, sino como agrupación aguerrida de luchadores infatigables que aspiran a alcanzar reformas eminentemente sociales.

Pero con el paso dado últimamente por Pablo Iglesias el socialismo ha *enseñado la oreja* y muestra bien a las claras sus ansias por el mangoneo *burgués* en la política.

Los hombres somos hombres y hasta el austero, el sobrio, el *idealista* (¿a lo Maeztu?) Pablo Iglesias ha echado por la ventana—en un momento de

ambición—su historia de hombre políticamente incorruptible por un acta de diputado a Cortes por Madrid. Porque la unión de los socialistas a los republicanos y al *bloque* no ha sido porque esperen nada del Gobierno y sus aliados que pueda referirse al bienestar del obrero, sino sencillamente para sacar media docena de concejales y para que el jefe logre el codiciada ascenso, sentándose en el Congreso.

Nadie ignora que los socialistas solos no pueden sacar un diputado a Cortes: Iglesias ha luchado con tenacidad incomparable en Bilbao y otras capitales, pero nunca ha obtenido más que una mediana votación en la invicta villa; en las demás poblaciones su votación ha sido siempre ridícula. Ahora será diputado a Cortes con relativa facilidad; de ello no sólo se encargarán los republicanos, sino muy especialmente—y como candidato de su mayor predilección—el Gobierno liberal; pero no arrendamos la ganancia al jefe del socialismo el día en que requerido por los obreros para que les defienda en cualquier conflicto con su patrono se encuentre con que éste es un acaudalado burgués, nada menos que un poderoso muñidor republicano o liberal a quien él debe la elección. Ya verán los socialistas de buena fe lo cara que les

cuesta el acta que el *bloque* de las izquierdas regala a su jefe y señor.

*

Y nos resta únicamente hablar de los periódicos ministeriales, de los periódicos del *trust*.

Prescindiremos de *El Liberal*, pues aunque es del *trust*, y por añadidura *ministerial*, su tendencia republicana le exime de muchas culpas imputables a *El Imparcial* y *Heraldo de Madrid*. Cierto que es un absurdo la mezcla en el *trust* de un periódico republicano con dos monárquicos; pero de esto y de otras cosas referentes a su organización y funcionamiento, ya se ha escrito bastante, sobre todo en aquellos sabrosos artículos de *El Mundo* que todos recordamos.

La labor que *Heraldo* y *El Imparcial* vienen haciendo desde que Maura subió al poder hasta la fecha es tan contraria a los intereses de la Monarquía y la paz social, que bien puede afirmarse que es labor republicana, socialista y aun anarquista si a trueque de molestar y zaherir a Maura hay que hacer concesiones a la anarquía.

Comenzaron por hacer campañas verdaderamente apasionadas e injustas contra el jefe conservador cuando éste presentó el proyecto de Administración local, aumentaron sus enojos y sus

furias cuando la célebre manifestación contra «la moralidad de los gobernantes» pensando que entonces podrían derribar a Maura, avivaron sus ataques cuando el fusilamiento de Ferrer, y llegaron al paroxismo más enervante, en aquellos días memorables en que Moret—su prisionero de guerra—pedía el Poder a gritos, no para el partido liberal, sino precisamente para *El Imparcial*, *Heraldo de Madrid,* los republicanos, socialistas, cómplices de Ferrer, etc., etc.

Pero llegó el día suspirado por los rotativos; se hundió la reacción; sucumbió el clericalismo; murió la Inquisición..., cayó Maura, y cayó, según dicen ellos, *confundido*, *avergonzado*, *deshecho*...; pero, sin embargo, *El Imparcial* y *Heraldo* siguieron escribiendo rabiosos, frenéticos contra Maura y el partido conservador. Llegaron las elecciones municipales; *derrotaron* a Maura, *arrollaron* a Maura... y siguen y siguen en su monomanía maurófoba, en su vesania, en su furor de felinos... ¿Qué es esto? ¿No decís que Maura está vencido y humillado? Pues, si es así, ¿a qué seguís maltratándole? ¿Por qué insistís en clavarle el puñal una y mil veces?

Ni Gasset, amo y señor de *El Imparcial*, ni Canalejas señor y amo del *Heraldo*, serían capaces

como caballeros, en el terreno del honor, de dar de estocadas a un adversario caído en tierra. ¿Y cómo lo que no harían ellos en su vida privada, se lo consienten hacer en la vida pública a sus periódicos? La explicación es muy sencilla. Ni *El Imparcial* ni *Heraldo* escriben lo que piensan: ellos dicen que Maura está vencido cuando su conciencia les grita que Maura es y será en definitiva el vencedor: ellos escriben de crisis dentro del partido conservador cuando saben a ciencia cierta que la crisis no existe; ellos inventan un día la retirada de Maura para revolverse furiosos contra Maura porque no se retira: ellos echan a volar la especie de una reunión de ex ministros conservadores para adoptar graves acuerdos, y los ex ministros nada tienen que acordar: ellos jalean a Sánchez de Toca presentándole como al verdadero jefe del clásico partido conservador y saben muy bien que a Toca no le sigue nadie y que con Toca no se puede ir a ninguna parte: ellos, en fin, dicen muy en serio que el partido conservador está deshecho, caduco y ruinoso, cuando les consta que el partido conservador está más fuerte que nunca, dispuesto ahora como siempre a no dejarse inspirar por el *trust* y a gobernar el día que sea, como si el *trust* no existiera.

Porque si el *trust* piensa que por buenas o por malas va a dirigir la política española, se equivoca de medio a medio por lo que al partido conservador se refiere. El inspirará al *bloque*, él gobernará por Moret, pero Maura cuando tiene el convencimiento de que obrando de un modo determinado, cumple con su deber, no se doblega ante nadie y menos ante dos periódicos que fueron serios un día, pero hoy están desacreditados por sus apasionamientos y por sus injusticias.

¿Se ha visto alguna vez que dos periódicos ministeriales, del partido liberal, pongan toda la carne en el asador para robustecer la comunidad conservadora, para darle nuevas orientaciones, para que—este instrumento necesario de gobierno, según afirman—recoja la bandera política de Cánovas y Silvela, para que, en una palabra, el partido conservador responda a su tradición y a su historia? Pero ¿quién les mete a ellos en camisa de once varas? ¿Quién les autoriza para meterse en casa ajena? Arreglen la suya que bastante desarreglada anda; cuídense de unir a los liberales, que los conservadores andan muy sobrados de disciplina y de entusiasmo por el jefe.

El juego, sin embargo, resulta infantil; se entrometen a arreglar el partido conservador porque

su deseo es que este prescinda de Maura; para ellos su plato de gusto sería la retirada de Maura y la organización de los conservadores con otro jefe, a quien tuvieran la esperanza de dominar e influir. Por eso se sublevan ante la indomable voluntad de Maura, que prescinde de ellos, que gobierna como si no existieran y que insiste e insistirá en seguir su camino pese a quien pese.

A Dato, a Azcárraga, a Besada, mientras suponen por un momento—en su cerebro enfermo de antimaurismo—que pueden decir o hacer algo que contribuya a sus propósitos, les traen y les llevan, les ensalzan y hasta les dan bombos, pero cuando a reglón seguido se convencen de que Besada, Azcárraga y Dato son tan mauristas como Gabriel Maura, les ponen cual digan dueñas. Todos por molestar a Maura, por zaherir a Maura. ¿Tendría lugar *El Imparcial* si no fuera por su odio personal a Maura para publicar en sitio preferente del periódico los enrevesados y amazacotados artículos de Sánchez de Toca?

Heraldo y *El Imparcial* deben herrar o quitar el banco; si tienen más público—que lo dudamos mucho—atacando a Maura, inventando clericalismos e inquisidores y halagando a las masas indoctas de los partido radicales (a estas gentes se las

llevan *El País* y *España Nueva*), declárense en buen hora paladines de estos dislates, pero rompan toda relación con los ministros del Rey, con los hombres de la Monarquía, con los mantenedores del régimen... si, por el contrario, anteponen sus sentimientos monárquicos a otros provechos —como lo harán si reflexionan un poco—, piensen que no defiende al Trono quien trata de destrozar al partido conservador, quien trata de anular a Maura, porque con el partido conservador y con el liberal, con Maura y con Moret sin bloques ni aliados antimonárquicos, ayudados de buena fe por *El Imparcial* y *Heraldo* y otros periódicos es como—cesando naturalmente la implacable hostilidad que cesará el día que esto ocurra—la Monarquía perdurará pujante en el porvenir de la política española.

EPILOGO

Pasarán los años... y las pasiones políticas que hoy se desbordan en España habrán muerto para dejar lugar a otras luchas y otras pasiones.

Entonces ya no tremolarán ante la opinión banderas políticas cuyos lemas ostenten teorías religiosas, reformas e innovaciones de naturaleza doctrinal, principios y postulados de carácter constituyente, sino banderas de lemas industriales, agrícolas, comerciales, económicos, sociales...

España habrá incorporado a sus Constituciones y a sus leyes todo el sentido del derecho moderno, todo lo que un pueblo necesita para ser definitivamente libre, y siguiendo el ritmo de los tiempos habrán desaparecido para siempre los agitadores profesionales en la vida pública.

España entonces será grande; España entonces se habrá incorporado en la marcha de su engrandecimiento y de su prosperidad a las naciones que

figuren en las avanzadas de la cultura y del progreso.....................................

....

Y cuando los españoles del porvenir repasen la historia de su patria y se detengan a estudiar la vida política de sus antepasados durante los primeros lustros del siglo XX, se verán sorprendidos del relieve extraordinario que ante sus ojos alcanza, en comparación con otros políticos de la época, la figura inmortal del gran estadista y gran patriota que se llamó Antonio Maura.

ÍNDICE

OBRAS DEL AUTOR

I.—La Antropología criminal y la novela naturalista, 1897.

II.—Estudios penales, 1897.

III.—La fuerza irresistible.—Memoria premiada por la Real Academia de Jurisprudencia y Legislación, 1898.

IV.—Estudio de Antropología criminal espiritualista, 1899.

V.—Organización provincial.—Conferencia en la Real Academia de Jurisprudencia y Legislación, 1891.

VI.—Discurso manteniendo los Juegos florales de Burgos el día 4 de julio de 1902.

VII.—La crisis de la libertad.—Discurso en la sesión inaugural de la Academia de Ciencias sociales, de Burgos, 1906.

VIII.—La Moral Universal.—Obra publicada por la Biblioteca de Derecho y Ciencias sociales, Madrid, 1907.—Librería general de Victoriano Suárez.

IX.—Maura y el partido conservador, 1910.

X.—El regionalismo. — Castilla y Cataluña, 1910.

XI.—Discursos de controversia con D. José M.ª González de Echávarri.—San Sebastián, 1910.

XII.—La Iglesia y la política (católicos y liberales), 1911.

LOS PEDIDOS DE ESTAS OBRAS A

DON VICTORIANO SUÁREZ

Preciados, 48, Madrid.

